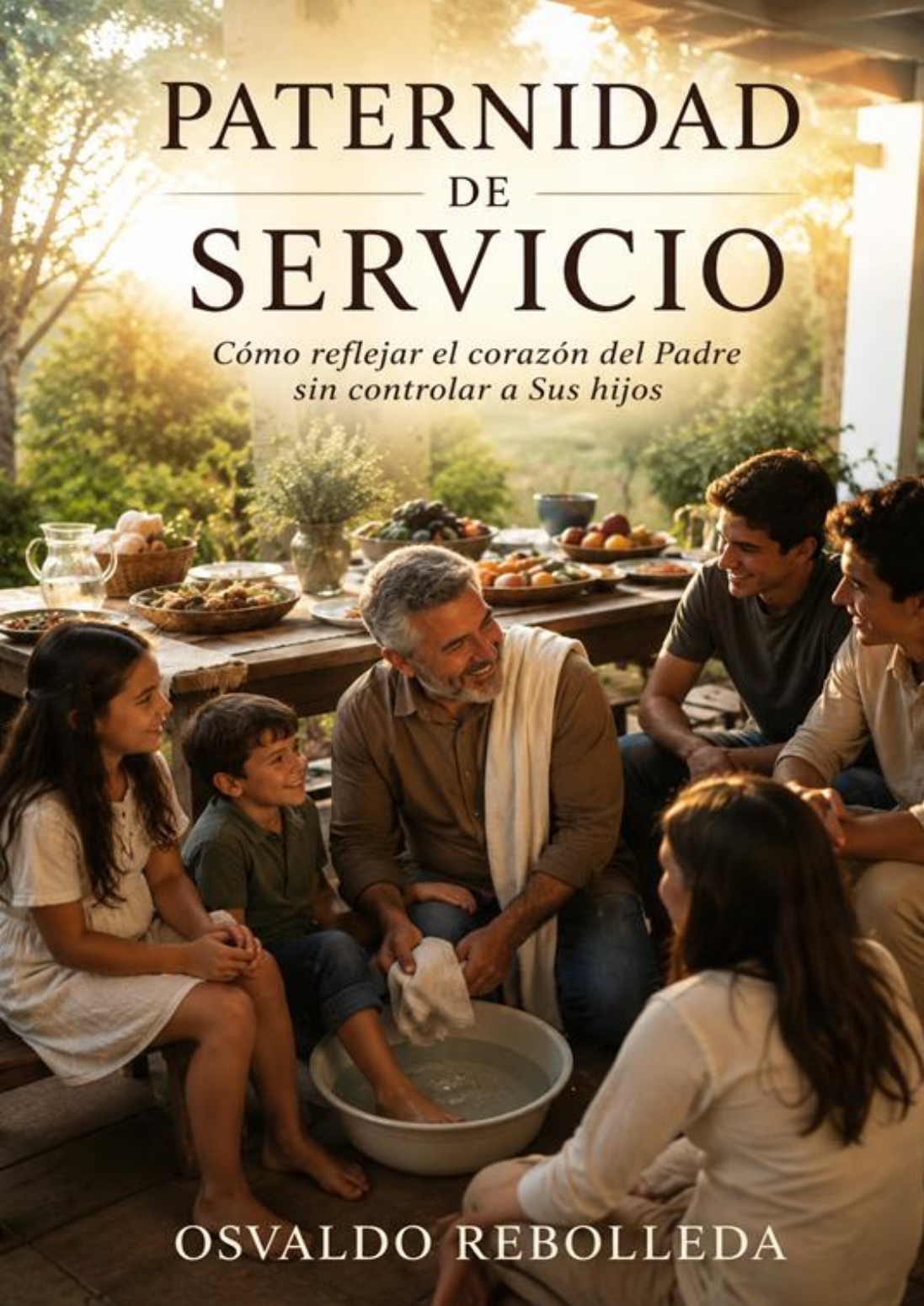


A warm, golden-hour photograph of a family gathered outdoors. In the center, a grandfather with grey hair and a beard, wearing a brown shirt and a white shawl, is smiling as he washes a young boy's feet in a large white basin. The boy is sitting on the ground, looking up at the grandfather. To the left, a young girl in a white dress sits on a wooden bench, looking towards the grandfather. To the right, two young men are sitting on the ground, looking on. In the foreground, the back of a woman's head and shoulders are visible as she sits and watches. In the background, a long wooden table is set with various dishes, including bread, fruit, and vegetables. The scene is bathed in the soft, warm light of the setting or rising sun, with trees and foliage visible in the background.

PATERNIDAD DE SERVICIO

*Cómo reflejar el corazón del Padre
sin controlar a Sus hijos*

OSVALDO REBOLLEDA

PATERNIDAD DE SERVICIO

*“Cómo reflejar el corazón del Padre
Sin controlar a Sus hijos.”*



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD - IA**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El Padre Eterno y la paternidad.....	11
Capítulo dos:	
Cristo reveló al Padre Eterno.....	20
Capítulo tres:	
Paternidad espiritual según las Escrituras.....	27
Capítulo cuatro:	
Jesús ejemplo de paternidad.....	36
Capítulo cinco:	
La autoridad invertida en el Reino.....	49
Capítulo seis:	
La diferencia entre controlar y acompañar.....	58
Capítulo siete:	
El síndrome del hermano mayor.....	67
Capítulo ocho:	
Hijos maduros padres saludables.....	84

Capítulo nueve:	
Los procesos hacia la madurez.....	89
Capítulo diez:	
La evidencia de la madurez.....	94
Capítulo once:	
El corazón de un verdadero padre.....	100
Capítulo doce:	
La paciencia del Padre.....	106
Capítulo trece:	
Paternidad que impulsa sin pretensiones.....	116
Capítulo catorce:	
Una Iglesia como familia.....	122
Capítulo quince:	
Una Iglesia sin huérfanos.....	131
Conclusión	138
Reconocimientos.....	144
Sobre el autor.....	146

INTRODUCCIÓN

Vivimos en una época extraordinaria y, al mismo tiempo, profundamente contradictoria. Nos encontramos rodeados de voces, pero escasean las relaciones verdaderas. Tenemos innumerables medios para informar, pero cada vez menos personas que sepan formar. Multiplicamos las plataformas desde las cuales hablar, pero disminuyen aquellos lugares donde alguien pueda sentirse verdaderamente conocido, aceptado y acompañado. Vivimos conectados como nunca y, paradójicamente, muchos continúan sintiéndose profundamente solos.

Quizá esa sea una de las mayores evidencias de una realidad mucho más profunda en el seno de la Iglesia: nuestro tiempo atraviesa una enorme crisis de orfandad. No me refiero únicamente a quienes crecieron sin la presencia física de un padre. Existen hombres y mujeres que disfrutaron de hogares estables y, sin embargo, todavía cargan una profunda sensación de abandono, inseguridad o rechazo.

Del mismo modo, también encontramos personas que nunca conocieron a sus padres biológicos y, aun así, aprendieron a vivir afirmadas en el amor de Dios. La orfandad de la que hablaremos en estas páginas trasciende la experiencia familiar. Es una condición del corazón que se manifiesta cuando el ser humano pierde de vista al Padre para quien fue creado.

Quizá por eso observamos tanta necesidad de reconocimiento, tanta competencia, tanto temor al rechazo y tanta ansiedad por demostrar valor. Detrás de innumerables conflictos personales, familiares e incluso eclesiásticos suele esconderse la misma pregunta silenciosa: “¿Realmente somos amados?”.

La Biblia responde esa pregunta de una manera sorprendente. Lo hace mostrándonos que el mayor problema del hombre nunca fue únicamente el pecado, sino la separación que el pecado produjo entre los hijos y su Padre. Desde el comienzo de la historia, Dios no se presentó simplemente como un Legislador que exigía obediencia ni como un Rey distante interesado únicamente en hacer cumplir Sus decretos. Desde las primeras páginas de las Escrituras contemplamos a un Dios que desea caminar con el hombre, hablar con él, compartir Su vida y disfrutar de una comunión que el pecado interrumpió, pero jamás logró borrar del corazón del Padre.

Toda la historia bíblica puede leerse desde esa perspectiva. Los pactos, las promesas, los profetas, la nación de Israel y, finalmente, la venida de Jesucristo forman parte de un mismo propósito eterno: recuperar aquello que se había perdido y restaurar una familia donde los hijos pudieran volver a conocer el corazón de su Padre.

Cuando Jesús apareció en escena, no vino simplemente a establecer una nueva religión ni a perfeccionar un sistema moral. Tampoco vino únicamente a enseñar principios para

una vida mejor. Él vino a redimir al hombre y revelar al Padre.

Cada palabra que pronunció, cada milagro que realizó, cada persona que restauró y cada acto de misericordia que manifestó constituyeron una expresión visible del corazón del Padre. Por eso pudo decir con absoluta autoridad: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”***. En Cristo encontramos la respuesta definitiva a todas las ideas distorsionadas que el ser humano había construido acerca de Dios.

Quizá sea precisamente allí donde comienza la verdadera paternidad espiritual. No nace del deseo de ejercer autoridad sobre otros, no surge de un cargo ministerial, no depende de la edad, de la experiencia ni de los años transcurridos dentro de la Iglesia. La verdadera paternidad comienza cuando un hijo conoce tan profundamente el corazón del Padre que, casi sin advertirlo, empieza a reflejar ese mismo amor en la vida de quienes lo rodean.

Esta afirmación resulta importante porque, a lo largo de los años, el concepto de paternidad espiritual ha despertado diversas interpretaciones. En algunos casos ha sido utilizado para describir relaciones sanas de acompañamiento, cuidado y formación. En otros, lamentablemente, ha servido para justificar modelos de liderazgo marcados por el control, la dependencia emocional o el abuso de autoridad. Como sucede con tantas verdades bíblicas, los excesos han llevado a algunos a rechazar completamente un principio que, en realidad, posee un

fundamento profundamente bíblico cuando permanece bajo el señorío de Cristo.

Por esa razón, este libro no fue escrito para defender sistemas de cobertura, estructuras jerárquicas ni modelos particulares de organización eclesiástica. Tampoco pretende enseñar técnicas de liderazgo o métodos para ganar influencia sobre las personas. Su propósito es mucho más sencillo y, al mismo tiempo, infinitamente más profundo. Desea volver nuestra mirada hacia el Padre.

Porque solamente quien ha aprendido a vivir como hijo podrá acompañar a otros sin manipularlos. Solamente quien ha descansado en el amor de Dios podrá amar sin necesidad de controlar. Solamente quien conoce la gracia podrá restaurar sin condenar. Y solamente quien ha descubierto que toda autoridad pertenece a Cristo entenderá que la verdadera grandeza consiste en servir.

A lo largo de estas páginas caminaremos junto a numerosos personajes de las Escrituras. Contemplaremos la paciencia de Dios formando hombres imperfectos. Veremos cómo Jesús trató a Sus discípulos durante sus momentos de mayor inmadurez y cómo el Espíritu Santo continúa desarrollando hoy ese mismo proceso en la vida de la Iglesia. Descubriremos que el Padre nunca tuvo prisa por producir resultados rápidos, porque Su mayor interés siempre ha sido formar el carácter de Sus hijos.

También nos detendremos frente a algunas de las distorsiones que con mayor frecuencia aparecen cuando olvidamos el corazón del Padre. Hablaremos del control disfrazado de autoridad, del liderazgo alimentado por la inseguridad, de la competencia nacida de la orfandad, de la dificultad para celebrar el crecimiento ajeno y de la necesidad permanente de reconocimiento que tantas veces desgasta nuestras relaciones. Pero no lo haremos para señalar culpables, sino para permitir que la luz del Evangelio revele caminos de restauración.

Mi deseo no es que el lector termine este libro admirando a determinados hombres o adoptando una nueva terminología ministerial. Mi anhelo es mucho más humilde y mucho más ambicioso a la vez. Deseo que volvamos a contemplar el rostro del Padre.

Porque cuando eso ocurre, cambian nuestras prioridades. La autoridad deja de parecer un privilegio para convertirse en una responsabilidad. El servicio deja de ser una obligación para transformarse en un acto de amor. La Iglesia deja de ser únicamente una organización y comienza a parecerse nuevamente a una familia. Y los hijos descubren que el mayor honor no consiste en ocupar un lugar importante, sino en reflejar el carácter de Aquel que los llamó por gracia.

Si al terminar la lectura alguien ama más al Padre que antes, comprende mejor el corazón de Cristo y decide acompañar a otros con la misma paciencia, humildad y

misericordia con que él mismo ha sido acompañado por Dios, entonces estas páginas habrán cumplido su propósito.

Porque el mundo no necesita más personas que aspiren a ocupar el primer lugar en la casa del Padre. Necesita hijos que, habiendo conocido Su amor, aprendan a servir con el mismo corazón que contemplaron en Jesucristo. Ese es el viaje que comenzamos ahora.

Y mi oración es que, mientras avancemos juntos por estas páginas, el Espíritu Santo haga mucho más que transmitir conocimiento. Que nos conduzca nuevamente al corazón del Padre, porque solamente allí descubriremos la clase de hijos que fuimos llamados a ser y, como consecuencia, la clase de padres espirituales que el Reino necesita para esta generación.

Capítulo uno

EL PADRE ETERNO Y LA PATERNIDAD

Existe una diferencia enorme entre conocer conceptos acerca de Dios y conocer verdaderamente Su corazón. La primera experiencia llena la mente de información; la segunda transforma la vida. A lo largo de la historia, innumerables personas han estudiado las Escrituras, aprendido doctrinas y desarrollado sistemas teológicos de gran profundidad sin llegar nunca a experimentar la cercanía del Padre. Jesús mismo enfrentó esa realidad cuando habló con los líderes religiosos de Su tiempo. Ellos conocían la Ley con admirable precisión, pero eran incapaces de reconocer al Dios que esa misma Ley anunciaba.

La tragedia de la religión consiste precisamente en eso: puede enseñar acerca de Dios sin conducir al hombre hacia Él. Puede producir creyentes informados, pero no necesariamente hijos transformados. El Reino de Dios, en cambio, comienza siempre con una revelación personal del Padre.

No se trata simplemente de aceptar que Dios existe, ni siquiera de reconocer Su soberanía absoluta sobre todas las

cosas. Se trata de descubrir que el Creador del universo desea ser conocido como Padre y que toda Su obra redentora tiene como propósito restaurar esa relación que el pecado había destruido.

Cuando el apóstol Pablo escribe a los creyentes de Éfeso, expresa una de las declaraciones más profundas acerca del origen de toda autoridad legítima:

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.”

Efesios 3:14 y 15

Estas palabras suelen leerse rápidamente, pero contienen una riqueza extraordinaria. Pablo no dice que algunas familias proceden del Padre, sino que toda familia encuentra en Él su origen, su identidad y su verdadero significado.

Antes de existir cualquier expresión de autoridad en el universo, ya existía el Padre. Antes de aparecer los gobiernos humanos, los patriarcas, los jueces, los reyes, los sacerdotes o los ministerios del Nuevo Pacto, ya existía una perfecta relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La paternidad no nació como una necesidad provocada por el pecado; forma parte de la naturaleza eterna de Dios.

Este detalle cambia radicalmente nuestra comprensión del liderazgo espiritual. Muchas veces se piensa que Dios

decidió utilizar figuras paternas simplemente porque los seres humanos necesitan dirección. Sin embargo, la realidad es mucho más profunda. Toda verdadera paternidad no es una estrategia organizativa del cielo; es una manifestación visible del carácter eterno de Dios. Él no actúa como Padre porque creó hijos. Creó hijos porque siempre ha sido Padre.

Esto explica por qué el profeta Isaías, al anunciar la venida del Mesías, escribió:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Isaías 9:6

Resulta sorprendente que una profecía acerca del Hijo utilice el título ***“Padre Eterno”***. No se trata de confundir las personas de la Trinidad, sino de mostrar que el Hijo revela perfectamente el mismo corazón paternal del Padre. Quien contempla a Cristo descubre cómo ama el Padre, cómo sirve el Padre, cómo corrige el Padre, cómo perdona el Padre y cómo entrega Su vida el Padre. Jesús nunca actuó independientemente de Él; cada una de Sus obras fue una expresión visible del amor invisible del Padre celestial.

Por eso, cuando Felipe pidió: ***“Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”***, Jesús respondió con una frase que continúa asombrando a la Iglesia dos mil años después:

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”

Juan 14:9

Estas palabras constituyen el centro mismo de la revelación cristiana. Jesús no vino solamente a resolver el problema del pecado, aunque ciertamente lo hizo de manera perfecta mediante Su sacrificio en la cruz. Tampoco vino únicamente a anunciar el Reino de Dios. Vino, sobre todo, a revelar quién es el Padre. Cada milagro realizado, cada pecador restaurado, cada enfermo sanado, cada palabra pronunciada y cada gesto de compasión permitían contemplar el corazón del Padre actuando entre los hombres.

Esta verdad resulta esencial porque toda imagen distorsionada de Dios terminará produciendo relaciones igualmente distorsionadas dentro de Su pueblo. Quien imagina a Dios como un soberano distante probablemente ejercerá una autoridad fría e inaccesible. Quien piensa que Dios gobierna mediante el temor terminará utilizando el miedo para dirigir a otros. Quien considera que Dios exige amor antes de ofrecerlo vivirá intentando ganar aceptación mediante el esfuerzo religioso.

Jesús vino precisamente a destruir esas falsas imágenes. Durante siglos, muchos habían aprendido a relacionarse con Dios principalmente como Legislador. La Ley era santa, justa y buena, pero nunca fue capaz de revelar plenamente el corazón del Padre. Era necesaria una

manifestación mucho más profunda. Esa manifestación llegó cuando ***“el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”*** (Juan 1:14). Dios dejó de hablar únicamente mediante mandamientos escritos para hablar a través de una vida perfecta. Cristo se convirtió en la explicación viviente del Padre. Juan comienza su Evangelio afirmando algo extraordinario:

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

Juan 1:18

La expresión ***“le ha dado a conocer”*** significa literalmente que Jesús vino a explicarlo, a hacerlo visible, a interpretar Su corazón delante de la humanidad. Si alguien desea saber cómo piensa Dios acerca del pecador, debe observar a Jesús recibiendo a la mujer sorprendida en adulterio. Si quiere comprender cómo responde Dios frente al sufrimiento humano, debe contemplar a Cristo llorando junto al sepulcro de Lázaro. Si anhela descubrir cuánto vale una oveja perdida para el cielo, debe mirar al Buen Pastor dejando las noventa y nueve para salir en busca de la que se había extraviado.

Todo ello nos conduce a una conclusión inevitable: la verdadera autoridad nunca puede separarse del carácter del Padre. No basta con poseer una posición de liderazgo; es necesario reflejar Su naturaleza. En el Reino, el derecho a influir sobre otros nunca nace del cargo que se ocupa, sino del grado en que Cristo ha sido formado en la vida de quien

sirve. La autoridad sin el corazón del Padre deja de ser autoridad del Reino para convertirse simplemente en poder humano revestido de lenguaje espiritual.

Lamentablemente, después de tantos siglos de cristianismo, todavía resulta posible encontrar comunidades donde se habla constantemente de obediencia, de cobertura, de disciplina o de gobierno, mientras apenas se menciona el amor paternal de Dios.

Se insiste en la estructura, pero se descuida la relación; se protege la organización, pero se olvida la familia. Allí comienza a gestarse una profunda contradicción, porque la Iglesia nunca fue concebida como una institución sostenida únicamente por normas. Desde el principio fue presentada como una familia nacida del amor del Padre. El mismo apóstol Pablo escribe:

“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.”

Efesios 2:19

Observemos cuidadosamente el orden. Antes de describir a la Iglesia como un edificio espiritual, Pablo la presenta como una familia. Antes de hablar de fundamentos, columnas o crecimiento del templo santo, habla de hijos que han sido recibidos en la casa del Padre. La estructura existe para servir a la familia; nunca la familia para sostener la estructura. Cuando ese orden se invierte, la vida comienza a

desaparecer lentamente y las relaciones terminan subordinadas al funcionamiento de la organización.

Quizá por eso la caída del hombre produjo una consecuencia mucho más profunda de lo que normalmente imaginamos. El pecado no solamente introdujo muerte, culpa y condenación; también sembró un sentimiento de orfandad que continúa manifestándose hasta nuestros días.

Apenas Adán y Eva desobedecieron, dejaron de correr hacia Dios y comenzaron a esconderse de Él. El temor ocupó el lugar de la confianza. La vergüenza reemplazó la transparencia. La comunión dio paso a la distancia. Desde aquel instante, la humanidad quedó marcada por una profunda sensación de abandono que ningún logro humano ha podido sanar.

El hombre caído continúa buscando desesperadamente aquello que perdió en el jardín. Algunos intentan llenar ese vacío mediante el éxito; otros mediante el poder, las riquezas, el reconocimiento o incluso la religión. Sin embargo, ninguna de esas cosas puede devolverle aquello para lo cual fue creado: vivir como hijo delante del Padre.

Por esa razón, el Evangelio nunca comienza diciéndonos lo que debemos hacer para agradar a Dios. Comienza anunciando lo que el Padre hizo para recuperar a Sus hijos. El mensaje central de la redención no consiste únicamente en el perdón de los pecados, aunque ese perdón es absolutamente indispensable. Su propósito final es

restaurar la relación filial que el pecado había destruido. Pablo lo expresa de manera magistral cuando escribe:

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”

Romanos 8:15 y 16

Observemos el contraste. El Evangelio no reemplaza simplemente un estilo de vida por otro; sustituye la esclavitud por la filiación. El temor deja de gobernar el corazón porque ahora existe una relación restaurada. Ya no nos acercamos a Dios como siervos intentando ganar Su aceptación, sino como hijos que han sido aceptados por medio de Cristo y que, precisamente por esa gracia, desean vivir para agradarlo.

Aquí encontramos el fundamento sobre el cual descansará todo lo que desarrollaremos en este libro. La paternidad espiritual jamás podrá comprenderse correctamente mientras no contemplemos primero la perfección del Padre celestial.

Todo intento de ejercer autoridad sin haber sido profundamente transformados por Su amor terminará reproduciendo, tarde o temprano, los modelos caídos de este mundo. En cambio, cuando el corazón del Padre ocupa el centro de nuestra vida, servir deja de ser una obligación para convertirse en el gozo de reflejar a Aquel que, siendo el Señor

de todo, decidió acercarse a nosotros con la ternura, la paciencia y el amor de un Padre perfecto.

Y esa es, precisamente, la restauración que el Reino de Dios vino a establecer sobre la tierra.

Capítulo dos

CRISTO REVELÓ AL PADRE ETERNO

No deja de ser significativo que, cuando Jesús quiso describir la salvación, no recurriera en primer lugar al lenguaje jurídico, aunque ciertamente la justificación forma parte esencial del Evangelio. Tampoco eligió solamente imágenes relacionadas con el Reino, aun cuando Él es el Rey de reyes. La parábola más conmovedora que pronunció acerca de la redención fue la historia de un padre que espera el regreso de su hijo.

Lucas dedica todo el capítulo quince a mostrar el corazón de Dios. Primero aparece la oveja perdida. Luego la moneda perdida. Finalmente, el hijo perdido. No se trata de tres enseñanzas aisladas, sino de una misma revelación contemplada desde diferentes perspectivas.

En las tres historias existe algo extraviado, alguien que lo busca y una enorme celebración cuando aquello que parecía perdido es restaurado. Sin embargo, la tercera parábola lleva la revelación a una profundidad incomparable, porque ya no se trata de un pastor buscando una oveja ni de

una mujer buscando una moneda, sino de un padre esperando el regreso de su hijo.

Jesús podría haber contado la historia desde el punto de vista del hijo. Habría sido una extraordinaria enseñanza acerca del arrepentimiento. También podría haber enfatizado la miseria del pecado o las consecuencias de las malas decisiones. Pero sorprendentemente el protagonista de la parábola no es el hijo menor. Tampoco el hermano mayor. El verdadero protagonista es el padre.

Toda la narración gira alrededor de él. Es él quien espera. Es él quien ve venir al hijo desde lejos. Es él quien corre. Es él quien abraza. Es él quien besa. Es él quien interrumpe la confesión preparada por el muchacho. Es él quien ordena vestirlo nuevamente con el mejor vestido, colocar el anillo en su mano y las sandalias en sus pies. Finalmente, es él quien organiza la fiesta.

Nada ocurre sin que el padre tome la iniciativa. Esta observación posee una enorme importancia teológica. Durante siglos el hombre creyó que debía buscar desesperadamente a Dios para encontrar aceptación. Sin embargo, Jesús presenta exactamente la escena opuesta. El Padre lleva mucho tiempo esperando el regreso de Sus hijos. El movimiento principal de la redención siempre nace en el corazón de Dios.

“Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó.”

Lucas 15:20

Cada detalle merece ser contemplado. El padre no espera con los brazos cruzados exigiendo explicaciones. No organiza un tribunal para evaluar el grado de arrepentimiento de su hijo. Tampoco condiciona el perdón a un período de prueba. El amor corre más rápido que las explicaciones.

Esto no significa que Dios ignore el pecado. Significa que Su propósito nunca fue simplemente condenar al pecador, sino restaurar al hijo. La gracia nunca minimiza la gravedad del pecado; simplemente revela que el amor del Padre es aún mayor.

Resulta imposible leer esta parábola sin pensar en la cruz. Allí comprendemos hasta qué punto el Padre estaba dispuesto a pagar el precio necesario para recuperar a Sus hijos. La salvación no fue una decisión improvisada cuando el hombre cayó. Desde antes de la fundación del mundo, el corazón del Padre ya había determinado abrir un camino de regreso para aquellos que un día se apartarían de Él. El apóstol Juan lo expresa con extraordinaria sencillez:

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.”

1 Juan 3:1

Observemos cuidadosamente que Juan no dice simplemente que hemos sido perdonados, aunque ciertamente lo hemos sido. Tampoco afirma solamente que hemos sido reconciliados o justificados. Todas esas verdades son fundamentales, pero el Espíritu Santo decide resumir la obra redentora utilizando una palabra profundamente relacional: “*hijos*”.

Porque ese siempre fue el propósito eterno del Padre. El perdón era el medio, pero la reconciliación era el objetivo. A veces presentamos el Evangelio como si su finalidad consistiera únicamente en evitar la condenación eterna. Sin embargo, el Nuevo Pacto revela algo mucho más glorioso. Cristo no vino solamente para librarnos del infierno; vino para introducirnos en la casa del Padre. No murió únicamente para cancelar una deuda legal, sino para restaurar una relación que había sido quebrada desde el Edén.

Quizá por eso el Espíritu Santo produce en nosotros un clamor que ningún esfuerzo humano podría fabricar.

“...habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15

La palabra “*Abba*” conserva la sencillez del idioma cotidiano. No describe una relación fría ni protocolar. Expresa la cercanía, la confianza y la intimidad propias de un hijo completamente seguro del amor de su padre. El Espíritu

Santo no vino solamente para enseñarnos doctrina; vino para restaurar esa confianza perdida.

Aquí encontramos uno de los grandes desafíos de la Iglesia contemporánea. Existen creyentes que conocen profundamente las Escrituras y, sin embargo, continúan viviendo como huérfanos espirituales. Sirven intensamente, trabajan incansablemente, estudian la Biblia, participan de reuniones, predicán y evangelizan, pero en el fondo de su corazón siguen intentando ganar una aceptación que ya les fue concedida en Cristo.

La orfandad no desaparece automáticamente con el conocimiento bíblico. Solo desaparece cuando la revelación del amor del Padre desciende desde la mente hasta el corazón. Un huérfano espiritual siempre vive intentando demostrar su valor. Un hijo, en cambio, sirve porque ya conoce el valor que el Padre le ha otorgado.

El huérfano compete para obtener un lugar, pero el hijo disfruta el lugar que ya recibió por gracia. El huérfano sospecha constantemente de las intenciones de los demás, pero el hijo aprende a descansar en la fidelidad del Padre. El huérfano mide su identidad por sus resultados, pero el hijo descubre que su identidad precede a sus obras.

Esta diferencia explica muchas de las conductas que posteriormente observaremos dentro de la Iglesia. El deseo desmedido de reconocimiento, la búsqueda obsesiva de títulos, la competencia ministerial, el afán por controlar

personas o la necesidad permanente de aprobación suelen ser síntomas de una orfandad que aún no ha sido completamente sanada. El problema rara vez comienza en el ministerio. Comienza mucho antes, en la manera en que una persona percibe al Padre.

Cuando alguien ha contemplado verdaderamente el corazón del Padre, ya no necesita construir su identidad sobre el reconocimiento de los hombres. Descansa en una aceptación mucho más profunda. Puede servir sin buscar aplausos, corregir sin humillar, dirigir sin manipular y entregar su vida sin esperar recompensas personales, porque su seguridad ya no depende del lugar que ocupa delante de las personas, sino del lugar que ocupa en el corazón de Dios.

Por eso resulta tan significativo que Jesús iniciara Su ministerio público escuchando una declaración del Padre antes de realizar un solo milagro.

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”

Mateo 3:17

Todavía no había sanado enfermos, no había resucitado muertos, no había multiplicado los panes, no había pronunciado el Sermón del Monte. Sin embargo, el Padre ya expresaba públicamente Su complacencia. La identidad precedió al ministerio, la aceptación precedió al servicio, el amor precedió a las obras.

Ese mismo orden continúa siendo fundamental para cada creyente y, especialmente, para quienes han sido llamados a cuidar de otros. Nadie puede reflejar correctamente el corazón del Padre mientras continúe buscando desesperadamente llenar sus propias carencias afectivas mediante el ministerio. El liderazgo nunca fue diseñado para sanar nuestra identidad; solamente quienes han encontrado descanso en el amor del Padre pueden ejercer una autoridad verdaderamente saludable.

Tal vez allí encontremos la explicación de por qué Jesús dedicó tanto tiempo a estar con el Padre. Antes de enseñar a las multitudes, buscaba lugares solitarios para orar. Antes de escoger a los doce, pasó la noche en comunión con Su Padre. Antes de enfrentar la cruz, se retiró al huerto de Getsemaní. Todo Su ministerio fluía de una relación, no de una obligación. Nunca actuó para conseguir el amor del Padre; siempre actuó desde el amor del Padre.

Ese será también el fundamento de toda auténtica paternidad espiritual. Ningún hombre puede comunicar a otros una paternidad que él mismo no ha experimentado. Antes de ser llamados a formar hijos espirituales, todos necesitamos volver a ser profundamente abrazados por el Padre eterno. Solo entonces nuestra autoridad dejará de parecerse a la de este mundo y comenzará a reflejar la extraordinaria belleza del Reino de Dios.

Capítulo tres

PATERNIDAD ESPIRITUAL SEGÚN LAS ESCRITURAS

Pocas verdades han sido tan mal comprendidas dentro de la Iglesia como la paternidad espiritual. Para algunos, hablar de padres espirituales constituye una amenaza contra la relación personal de cada creyente con Dios; para otros, en cambio, la expresión ha sido utilizada para justificar modelos de autoridad que terminaron generando dependencia, manipulación e incluso abuso.

Entre ambos extremos se encuentra la enseñanza sencilla, equilibrada y profundamente hermosa que presentan las Escrituras. Como suele ocurrir, el problema no está en la verdad revelada por Dios, sino en las deformaciones que los hombres hacemos de ella cuando la separamos del carácter del Padre revelado en Cristo.

No deja de ser llamativo que muchos creyentes acepten con absoluta naturalidad expresiones como “pastor”, “maestro” o “evangelista”, incluso “apóstol”, pero experimenten cierta incomodidad cuando escuchan hablar de un padre espiritual. Esa reacción merece ser analizada con serenidad, porque revela hasta qué punto determinadas

experiencias negativas han condicionado nuestra manera de leer la Biblia. La desconfianza no nació del texto sagrado, sino de las heridas producidas por quienes utilizaron un lenguaje paternal para satisfacer necesidades personales de reconocimiento o para ejercer un control que jamás fue aprobado por Dios.

Precisamente por esa razón resulta indispensable volver a las Escrituras con un corazón dispuesto a dejar que ellas mismas definan el concepto. Si permitimos que sean nuestras experiencias las que interpreten la Palabra, inevitablemente terminaremos aceptando o rechazando verdades según aquello que hemos vivido. En cambio, cuando permitimos que la Palabra interprete nuestras experiencias, descubrimos tanto los aciertos que debemos conservar como los errores que necesitan ser corregidos. Esa ha sido siempre la actitud de quienes verdaderamente desean caminar en la luz del Reino.

El Nuevo Testamento no presenta la paternidad espiritual como una estructura jerárquica ni como un rango eclesiástico. Mucho menos la presenta como un título honorífico que algunos creyentes pueden reclamar para sí mismos. La muestra, más bien, como una consecuencia natural de la vida de Cristo obrando en aquellos que, habiendo sido profundamente transformados por el amor del Padre, reciben la gracia de acompañar el crecimiento espiritual de otros. No se trata, por lo tanto, de una posición conquistada, sino de una relación que nace de la vida.

Quizá nadie haya expresado esta realidad con mayor claridad que el apóstol Pablo cuando escribió a los creyentes de Corinto:

“Porque, aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio.”

1 Corintios 4:15

Estas palabras suelen citarse con frecuencia, pero pocas veces se medita en el contexto en el que fueron pronunciadas. La iglesia de Corinto atravesaba uno de los momentos más difíciles de su historia. Había divisiones, inmadurez, orgullo, inmoralidad y un uso desordenado de los dones espirituales.

Pablo podría haber respondido apelando únicamente a su autoridad apostólica. Podría haber recordado los milagros realizados, las iglesias fundadas o las revelaciones recibidas del Señor. Sin embargo, el argumento que brota de su corazón no es el de un gobernante defendiendo su posición, sino el de un padre preocupado por el crecimiento de sus hijos.

No les recuerda cuánto poder posee, sino cuánto amor ha invertido en ellos. No fundamenta su relación sobre un cargo, sino sobre una vida entregada. Este detalle resulta profundamente revelador, porque muestra que la paternidad espiritual jamás puede separarse del sacrificio. Solo quien está dispuesto a dar su vida por otros puede hablar

legítimamente como un padre. En el Reino, la autoridad nunca se demuestra por la capacidad de mandar, sino por la disposición a entregar la propia vida para que otros alcancen la madurez de Cristo.

El término que Pablo utiliza cuando afirma haberlos **“engendrado”** merece una consideración especial. Evidentemente, el apóstol no está diciendo que él haya producido la vida espiritual de aquellos creyentes por sus propios medios. El Nuevo Testamento enseña con absoluta claridad que la vida eterna procede únicamente de Dios y que el nuevo nacimiento es una obra soberana del Espíritu Santo. Jesús declaró a Nicodemo: **“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5)**. Ningún hombre puede producir ese milagro. Solo el Espíritu Santo vivifica.

Entonces, ¿en qué sentido Pablo habla de haberlos engendrado? La respuesta aparece en la misma frase: **“por medio del evangelio”**. Él no fue la fuente de la vida; fue el instrumento mediante el cual el Evangelio llegó hasta ellos. Dios produjo el nuevo nacimiento, pero quiso hacerlo utilizando la predicación de un hombre que había sido enviado para anunciar a Cristo. La gloria pertenece enteramente al Señor; el privilegio del servicio fue concedido a Pablo.

Aquí encontramos un principio que atraviesa toda la Escritura. Dios, siendo absolutamente suficiente en Sí mismo, ha decidido obrar habitualmente mediante personas.

No porque las necesite, sino porque así manifiesta la riqueza de Su gracia. El Señor pudo haber anunciado el Evangelio únicamente por medio de ángeles, pero escogió hombres y mujeres redimidos. Pudo haber escrito Su Palabra directamente sobre el cielo, pero inspiró a profetas y apóstoles. Pudo edificar a cada creyente sin utilizar a nadie más, pero constituyó un cuerpo donde cada miembro sirve al otro según la gracia recibida.

Esta forma de obrar no disminuye en absoluto la gloria de Dios; por el contrario, la exalta. Porque cuanto más evidente resulta la fragilidad de los instrumentos, más claramente se manifiesta que el poder pertenece al Señor. Pablo mismo escribió:

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”

2 Corintios 4:7

La imagen no podría ser más apropiada. El Evangelio es el tesoro. Cristo es el tesoro. La vida eterna es el tesoro. Los hombres solamente somos vasos de barro. Confundir el vaso con el tesoro ha sido una de las causas más frecuentes de los desequilibrios ministeriales. Cuando un líder comienza a atribuirse aquello que únicamente pertenece a Cristo, deja de actuar como un padre y empieza, quizá sin advertirlo, a ocupar un lugar que nunca le fue concedido.

Por eso la verdadera paternidad espiritual jamás produce admiración hacia el padre como destino final. Todo

padre saludable orienta constantemente la mirada de sus hijos hacia Cristo. Su mayor satisfacción no consiste en que dependan de él, sino en contemplarlos creciendo hasta alcanzar una relación cada vez más profunda con el Padre celestial. Del mismo modo que Juan el Bautista pudo decir: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”*** (Juan 3:30), también todo padre espiritual experimenta gozo cuando descubre que aquellos a quienes acompañó comienzan a caminar con firmeza bajo la dirección del Espíritu Santo.

Este principio resulta esencial para comprender el equilibrio del Reino. La paternidad espiritual auténtica nunca compite con la filiación divina; la fortalece. Nunca sustituye al Padre celestial; conduce hacia Él. Nunca establece una dependencia permanente del hombre; acompaña el proceso hasta que el hijo alcanza la madurez necesaria para permanecer firme en Cristo.

Allí radica la enorme diferencia entre una relación paternal nacida del amor y un sistema de control construido alrededor de la inseguridad humana. Uno libera; el otro esclaviza. Uno impulsa el crecimiento; el otro teme perder influencia. Uno encuentra satisfacción viendo a los hijos avanzar; el otro necesita conservarlos siempre en un estado de dependencia.

Cuando contemplamos la vida del apóstol Pablo bajo esta perspectiva, descubrimos que su autoridad nunca estuvo orientada a construir seguidores personales. Toda su pasión

consistía en presentar a cada creyente ***“perfecto en Cristo Jesús”*** (Colosenses 1:28). Esa era la meta de su ministerio, y también debe ser la de toda verdadera paternidad espiritual. Porque el éxito de un padre según el Reino no se mide por la cantidad de personas que lo siguen, sino por el número de hijos que han aprendido a caminar, por sí mismos, tomados de la mano del Padre celestial.

Debemos tener en claro que los ministros maduros que ejercemos un servicio de discipulado somos canales de impartición de Dios. No tenemos autoridad ni capacidad en nosotros mismos, ni por nosotros mismos: todo depende de la gracia divina. Cuando esto no se entiende, surgen problemas, porque no se respetan los diseños del Reino.

El único apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro es Cristo. Lo que hace el Señor, a través del diseño del Nuevo Pacto, es impartirse mediante aquellos que Él mismo escoge para ejercer determinados roles. Él llama, imparte, capacita, envía y establece a hombres y mujeres en funciones específicas. Él pone corazón de servicio, sabiduría espiritual y dones otorgados por el Espíritu. No por deseos, logros personales ni méritos humanos, sino únicamente por Su gracia soberana.

Cuando alguien desea un ministerio sin tener un llamado, y aun así se postula y se abre camino para ejercerlo, termina pecando. Por esa misma causa, ejercerá su rol de manera deficiente. En cambio, quienes sí tienen un llamado legítimo deben actuar en completa dependencia del Espíritu,

procurando siempre ejercer Su voluntad. Esto evitará que alguien se crea lo que no es, o que actúe con jactancia, soberbia o autoritarismo ante los hermanos que deben ser servidos.

Lo mismo ocurre con la paternidad. El único Padre es Dios, no hay otro. Sin embargo, al igual que con los dones ministeriales, no podemos pretender que Él mismo se corporice para ejercerlos. Lo que hace sabiamente Dios es utilizar la vida de sus hijos maduros, convirtiéndolos en canales por medio de los cuales Él se imparte y obra con poder.

José el carpintero es un buen ejemplo de padre sustituto. Era claro que José no era el padre biológico de Jesús. Sin embargo, el Padre celestial lo escogió y le asignó una tarea sublime: proteger, proveer, cuidar y criar nada menos que a Su Hijo Jesucristo. Es evidente que José cumplió bien su misión, y no hubo conflicto en que Jesús lo considerara su papá. Sin embargo, también tenía muy en claro quién era Su verdadero Padre celestial.

“Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”

Lucas 2:48 y 49

Hoy en día, quienes somos ministros maduros podemos ejercer paternidad sobre nuestros hermanos: como canales del Padre, como hermanos mayores encargados de una tarea, como siervos conscientes de una posición delegada, ante la cual debemos actuar con sumo cuidado y temor. Sin olvidar que solo somos canales, y que el único Padre es Dios.

La contrapartida de esto es que, si alguien dijera: “Mi único pastor es Dios, mi único apóstol, profeta, maestro, evangelista y Padre es Dios”, estaría diciendo una verdad, pero perdería de vista los canales que Dios ha determinado utilizar para bendecirlo. Y cuando eso ocurre, esas personas terminan sufriendo carencia y orfandad. No porque Dios no quiera obrar en sus vidas, sino porque no están reconociendo Sus diseños.

Capítulo cuatro

JESÚS EJEMPLO DE PATERNIDAD

Durante los años que Jesús caminó con Sus discípulos, dejó establecido para siempre el modelo de toda verdadera paternidad espiritual. Resulta significativo observar que el Señor jamás escribió un tratado acerca del liderazgo. Tampoco reunió a los Doce para explicarles una teoría sobre la formación ministerial.

Él mismo se convirtió en el modelo vivo de aquello que deseaba producir en ellos. Más que transmitir información, compartió Su propia vida. Más que enseñar conceptos, permitió que los discípulos contemplaran diariamente el corazón del Padre manifestándose en cada palabra, en cada decisión y en cada relación.

Este detalle resulta profundamente revelador. Jesús pudo haber escogido hombres preparados en las escuelas rabínicas de Jerusalén, conocedores de la Ley y respetados por el pueblo. Sin embargo, el Padre dirigió Su mirada hacia pescadores galileos, un cobrador de impuestos despreciado por sus compatriotas, un zelote apasionado por la revolución y hombres comunes que difícilmente habrían sido considerados candidatos para transformar el mundo.

A los ojos de la sociedad, ninguno de ellos reunía las condiciones necesarias para semejante tarea. Pero el Señor nunca escogió a Sus discípulos por lo que eran en ese momento, sino por aquello que Su gracia podía formar en ellos.

Este principio continúa siendo uno de los rasgos más hermosos de la paternidad según el Reino. Mientras nosotros solemos evaluar a las personas por su presente, el Padre contempla su destino. Nosotros observamos las limitaciones; Él ve el propósito. Nosotros calculamos probabilidades; Él mira la obra terminada. Así actuó con Simón, a quien encontró impulsivo, inestable y emocionalmente cambiante, pero a quien llamó Pedro mucho antes de que existiera una roca visible en su carácter. El nombre fue una declaración profética acerca de aquello que la gracia produciría con el paso del tiempo.

Este aspecto merece una reflexión detenida. Un verdadero padre nunca queda prisionero del estado actual de sus hijos. Si solamente contemplara lo que son hoy, terminaría desanimándose ante cada fracaso. La paternidad requiere una mirada diferente: la capacidad de ver el fruto antes de que aparezca, de sostener la esperanza cuando el proceso parece demasiado lento y de continuar sembrando aun cuando los resultados todavía permanezcan ocultos.

Precisamente eso hizo Jesús durante los tres años y medio de formación con los Doce. Quien lea cuidadosamente los Evangelios descubrirá que aquellos hombres estuvieron

muy lejos de alcanzar rápidamente la madurez espiritual. En numerosas ocasiones interpretaron incorrectamente las enseñanzas del Maestro. Preguntaban aquello que ya había sido explicado, discutían entre ellos por cuestiones de prestigio, reaccionaban con temor frente a las dificultades y demostraban una comprensión sorprendentemente limitada del Reino que Jesús les anunciaba.

Sin embargo, jamás encontramos al Señor frustrado por la lentitud de ese proceso. Los corrigió, sí. Los confrontó cuando fue necesario, les hizo preguntas que los obligaban a reflexionar, pero nunca confundió la inmadurez con la inutilidad.

Aquí aparece una diferencia que toda paternidad espiritual necesita comprender. La inmadurez no constituye un problema cuando existe disposición para crecer. El verdadero obstáculo nunca ha sido la falta de experiencia, sino la resistencia al obrar de Dios. Jesús podía trabajar pacientemente con hombres inmaduros porque sabía que sus corazones permanecían abiertos para seguir aprendiendo. Por eso nunca los descartó a causa de sus limitaciones.

Un episodio ilustra maravillosamente esta realidad. Cuando Pedro descendió de la barca para caminar sobre las aguas (**Mateo 14:22 al 33**), experimentó uno de los mayores fracasos de su vida pública. Comenzó mirando al Señor, pero terminó observando el viento y las olas. El temor reemplazó a la fe, y el hombre que había dado el paso más valiente de todos comenzó a hundirse.

Resulta significativo observar la reacción de Jesús. No permaneció contemplando el fracaso desde la distancia para luego reprenderlo cuando llegara a la orilla. Extendió inmediatamente Su mano, lo sostuvo y solamente después de rescatarlo le dijo: “*¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?*” Ese orden revela el corazón del Padre. Primero sostiene, después enseña. Primero rescata, luego corrige.

¡Cuántas veces nosotros invertimos ese orden! En ocasiones corregimos antes de abrazar, exponemos antes de restaurar y exigimos madurez a quienes todavía están aprendiendo a caminar. Jesús, en cambio, comprendía que la formación solamente puede producir fruto cuando el hijo sabe que, aun en medio de sus errores, el amor del Padre permanece inalterable.

Este mismo principio vuelve a manifestarse cuando los discípulos discuten acerca de quién sería el mayor en el Reino de los cielos (**Marcos 9:33 al 37**). Mientras Jesús hablaba de la cruz, ellos seguían pensando en posiciones de honor. Su inmadurez resulta casi desconcertante. Sin embargo, el Señor no respondió con ironía ni con desprecio. Aprovechó aquella discusión para enseñarles que en el Reino la verdadera grandeza consiste en servir. Transformó un error en una oportunidad para formar el corazón de quienes un día pastorearían Su Iglesia.

Así actúan los verdaderos padres. No utilizan los errores para avergonzar a sus hijos, sino para enseñarles el camino que todavía necesitan recorrer. Comprenden que la

formación requiere tiempo, paciencia y una confianza inquebrantable en la obra que el Espíritu Santo está realizando. Saben que Dios no termina aquello que comenzó, y por eso son capaces de perseverar incluso cuando los avances parecen pequeños.

Quizá esta sea una de las mayores lecciones que Jesús dejó acerca de la paternidad espiritual. Él nunca trabajó obsesionado por obtener resultados inmediatos. Formó hombres pensando en generaciones. Invertió tres años y medio en un pequeño grupo que, humanamente hablando, parecía insuficiente para cambiar el mundo.

Sin embargo, el Padre nunca mide el tiempo como nosotros. Mientras los hombres solemos apresurarnos por contemplar resultados visibles, Dios trabaja con la serenidad de quien gobierna la historia. Él sabe que una vida profundamente formada producirá un fruto que permanecerá mucho después de que las obras más espectaculares hayan desaparecido.

Por eso, la verdadera paternidad nunca vive dominada por la prisa. Prefiere caminar lentamente con un hijo hasta verlo afirmado en Cristo antes que multiplicar rápidamente seguidores que todavía no han aprendido a vivir como hijos del Padre. Allí reside una de las diferencias más profundas entre construir una organización y formar una familia. La primera suele medir su éxito por la velocidad del crecimiento; la segunda celebra la profundidad de la transformación. Y el Reino de Dios, desde el principio hasta

el fin, siempre ha estado mucho más interesado en formar hombres semejantes a Cristo que en producir resultados inmediatos.

Hay otro aspecto del ministerio de Jesús que revela con extraordinaria claridad el corazón de un verdadero padre. Él nunca formó a Sus discípulos manteniéndolos permanentemente bajo Su protección. Por el contrario, llegó un momento en que comenzó deliberadamente a confiarles responsabilidades que, desde una perspectiva humana, parecían prematuras. A simple vista podría pensarse que todavía no estaban preparados. Sin embargo, precisamente porque el Maestro conocía el poder formativo de la experiencia, decidió enviarlos antes de que sintieran plena confianza en sí mismos.

Este principio resulta profundamente revelador para toda paternidad espiritual. Los padres inseguros suelen retrasar indefinidamente el momento de confiar responsabilidades. Siempre encuentran una razón para esperar un poco más. Consideran que todavía falta experiencia, que aún existen aspectos del carácter por desarrollar o que el tiempo no ha llegado. Como consecuencia, los hijos permanecen durante años observando cómo otros sirven sin llegar nunca a descubrir lo que Dios también desea hacer por medio de ellos.

Jesús actuó de una manera completamente diferente. Lucas relata que envió a los doce dándoles autoridad para anunciar el Reino y sanar a los enfermos (**Lucas 9:1 al 6**).

Más adelante hizo lo mismo con los setenta discípulos (**Lucas 10:1 al 20**). Lo sorprendente es que aquellos hombres todavía tenían muchas limitaciones. Continuaban formulando preguntas básicas acerca del Reino, todavía discutían entre ellos y aún no comprendían plenamente la misión del Mesías. Sin embargo, el Señor decidió que una parte de su formación consistiría precisamente en salir a servir.

Aquí encontramos un principio que toda verdadera paternidad necesita comprender: el crecimiento no ocurre únicamente mediante la enseñanza; también se produce mediante la confianza. Hay lecciones que solamente pueden aprenderse cuando alguien nos concede la oportunidad de caminar con nuestras propias piernas. Ningún hijo aprende a servir observando indefinidamente cómo otros sirven. Llega un momento en que necesita experimentar el desafío, enfrentar sus propios temores y descubrir, en medio de sus limitaciones, la fidelidad del Señor.

Resulta interesante observar que, después de cada misión, Jesús volvía a reunir a Sus discípulos para escucharlos. Los Evangelios muestran que ellos regresaban llenos de entusiasmo, contando lo que habían visto y experimentado. El Maestro nunca consideró esas conversaciones una pérdida de tiempo. Comprendía que el aprendizaje no terminaba cuando finalizaba la tarea. Era necesario reflexionar sobre lo vivido, corregir aquello que todavía requería madurez y afirmar las lecciones que el Padre había comenzado a escribir en sus corazones.

¡Cuánto necesita recuperar la Iglesia esta dinámica! Con frecuencia entregamos responsabilidades sin acompañamiento, o bien acompañamos tanto que nunca llegamos a confiar responsabilidades. Jesús hizo ambas cosas en perfecto equilibrio. Enviaba, pero permanecía disponible. Daba libertad, pero seguía formando. Permitía que los discípulos experimentaran por sí mismos la obra de Dios, sin abandonar jamás Su compromiso de seguir moldeando sus vidas.

Esta manera de formar explica por qué los discípulos llegaron a desarrollar una convicción tan profunda acerca de su llamado. No repetían simplemente las experiencias de otro hombre; habían visto al Señor obrar también a través de ellos. Su fe ya no descansaba únicamente en lo que Jesús podía hacer, sino en la certeza de que el mismo Espíritu que actuaba en el Maestro también comenzaba a obrar en sus propias vidas.

Quizá aquí encontremos otra diferencia entre un instructor y un padre. El instructor transmite información para que otros ejecuten correctamente una tarea. El padre, en cambio, entrega gradualmente parte de su propia responsabilidad porque desea ver crecer a sus hijos. No teme que ellos aprendan a caminar sin depender constantemente de su presencia. Al contrario, encuentra una inmensa satisfacción cuando descubre que aquello que sembró comienza a dar fruto en la vida de quienes ha acompañado.

Este fue precisamente el camino recorrido por Jesús. Nunca buscó que los discípulos permanecieran eternamente alrededor de Su ministerio terrenal. Desde el principio sabía que llegaría el día en que ascendería al Padre y ellos continuarían la misión bajo la dirección del Espíritu Santo.

Toda Su formación apuntaba hacia ese momento. Por eso podía decirles con absoluta serenidad: ***“Os conviene que yo me vaya”*** (Juan 16:7). Solo un corazón plenamente afirmado en el Padre puede alegrarse cuando los hijos dejan de depender de su presencia física para comenzar a caminar guiados directamente por el Espíritu de Dios.

Esta es, quizá, una de las evidencias más claras de una verdadera paternidad espiritual. El padre no mide el éxito de su vida por el tiempo durante el cual los hijos permanecen cerca de él, sino por la profundidad con que han aprendido a permanecer cerca del Padre. Cuando ese objetivo se alcanza, la paternidad ha cumplido su propósito, porque ha conducido a los hijos hacia la única dependencia que nunca deberá desaparecer: la dependencia de Jesucristo.

Existe, sin embargo, un episodio que resume mejor que ningún otro la diferencia entre un líder que protege su prestigio y un padre que vive para restaurar a sus hijos. Ocurrió después de la resurrección, a orillas del mar de Galilea. Allí, donde años antes Pedro había sido llamado por primera vez, Jesús decidió encontrarse nuevamente con aquel discípulo que, pocas noches antes, había negado conocerlo en tres oportunidades.

Humanamente hablando, Pedro había fracasado en el momento más importante de su vida. El hombre que había prometido permanecer fiel hasta la muerte terminó jurando que nunca había conocido al Maestro. Aquella caída no solamente produjo vergüenza; también destruyó la imagen que Pedro tenía de sí mismo. Descubrió que su valentía era mucho menor de lo que imaginaba y que sus propias fuerzas resultaban insuficientes para sostener la fidelidad que tanto había proclamado.

Es interesante observar que, después de la resurrección, Pedro volvió a pescar. No sabemos con certeza qué pasaba por su corazón durante aquellos días, pero el relato permite percibir el peso de una profunda desilusión. El hombre que había dejado las redes para seguir a Jesús regresaba ahora al lugar del que había salido. Parecía como si todo hubiera terminado.

Entonces apareció el Señor. Lo primero que llama la atención es aquello que Jesús decidió no hacer. No comenzó preguntándole por sus negaciones. No recordó públicamente su fracaso. No reunió a los demás discípulos para convertir aquella conversación en una lección de disciplina. Tampoco puso en duda el llamado que años antes había pronunciado sobre su vida. Preparó un desayuno, esperó pacientemente y recién después comenzó a hablar con él.

¡Qué profundamente paternal resulta esta escena! Muchas veces nosotros sentimos la necesidad de resolver inmediatamente los conflictos, de exigir explicaciones o de

señalar los errores antes de restaurar la relación. Jesús hizo exactamente lo contrario. Antes de confrontar el corazón de Pedro, le recordó silenciosamente que seguía teniendo un lugar junto a Él. El fuego preparado sobre la playa, el pan compartido y los peces asándose constituían mucho más que una comida. Eran una declaración de aceptación. El discípulo que había fracasado seguía siendo esperado en la mesa del Maestro.

Solo después de ese gesto comenzó el diálogo. ***“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”*** Resulta significativo que Jesús no preguntara: “¿Por qué me negaste?” Ni siquiera dijo: “¿Has aprendido la lección?” Fue directamente al centro de la relación. ***“¿Me amas?”***

Porque el verdadero problema nunca había sido únicamente la negación. La raíz estaba en la falsa confianza que Pedro había depositado en sí mismo. Antes había asegurado que jamás abandonaría al Señor, aunque todos los demás lo hicieran. Ahora ya no hablaba desde la autosuficiencia. Respondía con la humildad de quien había descubierto la profundidad de su propia debilidad.

Cada respuesta de Pedro era seguida por una nueva responsabilidad. ***“Apacienta mis corderos...” “Pastorea mis ovejas...” “Apacienta mis ovejas...”*** ¡Qué extraordinaria manera de restaurar! Jesús no devolvió a Pedro al ministerio porque hubiera demostrado ser fuerte, sino precisamente después de haber comprendido que toda su suficiencia debía encontrarse únicamente en la gracia del Señor.

Aquí encontramos una de las lecciones más profundas acerca de la paternidad espiritual. El Padre no forma hombres perfectos para luego confiarles responsabilidades. Forma hombres quebrantados que han aprendido a depender completamente de Él. Existe una enorme diferencia entre ambas cosas. El primero sirve desde la confianza en sus capacidades; el segundo sirve desde la gratitud por la misericordia que lo sostuvo cuando descubrió su propia fragilidad.

Muchos líderes sienten temor cuando alguno de sus hijos espirituales atraviesa una etapa de fracaso. Inmediatamente se preguntan si aquella persona todavía podrá ser útil para el Reino. Jesús respondió definitivamente esa pregunta en la playa de Galilea. El fracaso no tiene por qué convertirse en el final de la historia cuando existe un corazón dispuesto al arrepentimiento. En ocasiones, precisamente después del quebrantamiento comienza la etapa más fructífera del ministerio, porque la autosuficiencia ha sido reemplazada por una dependencia mucho más profunda del Padre.

Esto no significa minimizar el pecado ni ignorar las consecuencias de las malas decisiones. Pedro lloró amargamente su caída y debió convivir toda la vida con el recuerdo de aquella noche. Sin embargo, el Señor no permitió que el pasado definiera permanentemente su identidad. La gracia escribió una historia nueva sobre las ruinas del fracaso.

Todo verdadero padre necesita aprender esta lección. Si únicamente sabemos acompañar a los hijos cuando todo marcha bien, todavía no hemos comprendido el corazón del Padre. La verdadera paternidad se revela con mayor claridad cuando alguien ha caído y necesita ser levantado. Es allí donde desaparece toda tentación de demostrar superioridad y solamente permanece el anhelo de restaurar aquello que parecía perdido.

Quizá por eso Pedro llegó a convertirse, años más tarde, en un pastor capaz de escribir con tanta ternura a otros creyentes perseguidos y quebrantados. El hombre que exhortó a los ancianos a ***“apacentar la grey de Dios”*** y ***“no enseñorearse de los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”*** (1 Pedro 5:2 y 3), no hablaba únicamente desde una comprensión doctrinal. Escribía como alguien que había experimentado personalmente el cuidado del Supremo Pastor. Había aprendido que la autoridad del Reino nunca se ejerce desde la superioridad, sino desde la memoria agradecida de haber sido uno mismo restaurado por la gracia.

Esa es, quizá, la herencia más valiosa que un padre espiritual puede transmitir. No una imagen de perfección inalcanzable, sino el testimonio vivo de un hombre que, habiendo sido sostenido una y otra vez por la misericordia del Padre, ha aprendido a extender esa misma misericordia sobre la vida de quienes el Señor pone bajo su cuidado.

Capítulo cinco

LA AUTORIDAD INVERTIDA EN EL REINO

Pocas enseñanzas de Jesús produjeron un contraste tan profundo con la manera de pensar de este mundo como Su concepto de autoridad. Mientras los hombres, desde la antigüedad hasta nuestros días, han asociado el gobierno con el poder, el dominio y la capacidad de imponer la propia voluntad sobre otros, Cristo presentó un modelo completamente diferente, tan radical que continúa desafiando incluso a quienes llevamos años estudiando las Escrituras.

En el Reino de Dios la autoridad no desaparece; es transformada. No pierde su fuerza; cambia su naturaleza. Deja de expresarse mediante el control para manifestarse a través del servicio, porque el objetivo de Dios nunca fue formar personas poderosas, sino hombres y mujeres capaces de reflejar el corazón del Padre.

Esta diferencia constituye uno de los pilares sobre los cuales debe comprenderse toda verdadera paternidad espiritual. Si alguien observa la autoridad desde los parámetros del mundo, inevitablemente entenderá la figura

de un padre como la de alguien que ocupa una posición superior desde donde dirige la vida de los demás.

Pero si contempla la autoridad desde la perspectiva del Reino, descubrirá que un padre no asciende para ser servido, sino que desciende para sostener a quienes Dios ha colocado a su lado. Allí radica la extraordinaria inversión de valores que Jesús vino a establecer.

No resulta extraño, entonces, que los discípulos tuvieran tantas dificultades para comprender esta enseñanza. Ellos habían crecido bajo una cultura donde la autoridad era sinónimo de prestigio. Esperaban un Mesías que restaurara el reino de Israel mediante el ejercicio visible del poder, y aun después de haber caminado durante años junto al Señor seguían discutiendo acerca de cuál de ellos ocuparía el lugar más importante cuando Él manifestara Su Reino. Aquella conversación revela que todavía interpretaban el liderazgo utilizando las categorías propias de los reinos humanos. Jesús respondió diciendo:

“Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Mateo 20:25 al 28

Estas palabras no constituyen simplemente un consejo acerca de la humildad. Representan la constitución misma del liderazgo en el Reino de Dios. Jesús no dijo que Sus discípulos debían gobernar un poco mejor que los gobernantes de las naciones. Tampoco propuso un modelo de autoridad más amable o más sensible.

Fue mucho más lejos. Declaró que el sistema sobre el cual se edifican los reinos humanos no puede trasladarse al Reino de Dios. *“Entre vosotros no será así...”* Esa frase marca una frontera perfectamente definida entre dos maneras completamente diferentes de ejercer la autoridad.

En el mundo, quien asciende procura conservar su posición. En el Reino, quien es levantado por Dios utiliza ese lugar para levantar a otros. En el mundo, el poder suele convertirse en un instrumento para obtener beneficios personales. En el Reino, la autoridad existe para asumir mayores responsabilidades y mayores cargas. Mientras la cultura humana pregunta constantemente quién merece ocupar el primer lugar, Cristo dirige nuestra atención hacia una pregunta completamente distinta: ¿quién está dispuesto a servir más profundamente?

No es casualidad que el Señor utilizara Su propia vida como argumento definitivo. Él no enseñó acerca del servicio desde la teoría. Toda Su existencia fue una demostración práctica de aquello que anunciaba. El apóstol Pablo, al escribir a los filipenses, nos permite contemplar la profundidad de ese descenso voluntario cuando afirma:

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...”

Filipenses 2:5 al 7

La autoridad del Hijo de Dios nunca estuvo en discusión. Él era, es y será el Señor de todas las cosas. Sin embargo, precisamente porque Su identidad descansaba plenamente en el Padre, nunca necesitó demostrar Su grandeza exigiendo reconocimiento. Su seguridad le permitió servir.

Este principio merece ser meditado cuidadosamente, porque una de las características más frecuentes de quienes buscan dominar a otros es la inseguridad interior. Cuando una persona necesita recordar continuamente su posición, reclamar honores o proteger obsesivamente su autoridad, generalmente revela que su identidad depende demasiado del lugar que ocupa. Cristo, en cambio, podía lavar los pies de Sus discípulos porque Su identidad no estaba sostenida por la aprobación de los hombres, sino por el amor inmutable del Padre.

La escena registrada por Juan durante la última cena constituye probablemente la imagen más perfecta de la autoridad según el Reino. El evangelista introduce aquel momento con unas palabras que no deben pasar inadvertidas:

“Sabíendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.”

Juan 13:3 y 4

El orden del relato resulta extraordinario y por tal motivo deseo reiterar esto: Juan no dice que Jesús lavó los pies de Sus discípulos porque ignoraba quién era. Todo lo contrario. Lo hizo precisamente porque sabía perfectamente quién era. Tenía plena conciencia de que toda autoridad le había sido entregada por el Padre. Conocía Su origen y conocía Su destino. Esa seguridad interior fue la que le permitió arrodillarse delante de hombres que pocas horas más tarde huirían, lo negarían o incluso dudarían de Su resurrección.

La verdadera autoridad nunca teme inclinarse. Solo el orgullo interpreta el servicio como una pérdida de dignidad. Cristo demostró que la mayor expresión del gobierno divino no consiste en ocupar un trono visible, sino en tomar una toalla. Desde ese momento, aquella toalla se convirtió en un símbolo mucho más poderoso que cualquier corona, porque reveló el verdadero corazón del Rey.

Esta enseñanza atraviesa toda la historia bíblica. Mucho antes de la encarnación del Señor, Dios ya había comenzado a revelar ese mismo principio mediante la vida de hombres que comprendieron que gobernar significaba

cargar el peso del pueblo antes que disfrutar los privilegios del liderazgo.

Moisés constituye uno de los ejemplos más notables. Con frecuencia recordamos los milagros extraordinarios que acompañaron su ministerio, pero olvidamos el enorme desgaste emocional que implicó conducir a una nación tan numerosa y, muchas veces, tan resistente a la voluntad de Dios.

En repetidas ocasiones intercedió por un pueblo que murmuraba contra él, que cuestionaba sus decisiones y que incluso deseó regresar a Egipto. Sin embargo, cuando el Señor anunció Su disposición a destruir a Israel para comenzar nuevamente con él, Moisés respondió con palabras que revelan el corazón de un verdadero padre.

“Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.”

Éxodo 32:32

Resulta difícil imaginar una expresión más profunda de amor pastoral. Moisés no utilizó su posición para protegerse a sí mismo. Estuvo dispuesto a perderlo todo antes que abandonar a aquellos que Dios le había confiado. Esa actitud anticipaba, aunque imperfectamente, el sacrificio de Cristo, quien no solamente ofreció Su reputación ni Su comodidad, sino Su propia vida para reconciliar a los hijos con el Padre.

También David comprendió este principio cuando el pueblo sufrió las consecuencias del censo que él mismo había ordenado. Mientras contemplaba la devastación provocada por aquella decisión, clamó delante de Dios diciendo: ***“Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas?”*** (2 Samuel 24:17). Nuevamente aparece el mismo espíritu. El verdadero líder no busca culpables para proteger su imagen.

David asume la responsabilidad, carga con las consecuencias y procura preservar al pueblo. Esa disposición nace únicamente en un corazón transformado por el amor del Padre, porque el hombre natural tiende exactamente hacia lo contrario: protegerse a sí mismo aun cuando otros deban sufrir las consecuencias.

Quizá por eso el apóstol Pedro, después de haber sido restaurado por el Señor, escribiría años más tarde una de las exhortaciones más equilibradas acerca del liderazgo espiritual. ***“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”*** (1 Pedro 5:2 y 3).

Es significativo que Pedro no niegue la existencia de autoridad dentro de la Iglesia. Lo que rechaza es una manera equivocada de ejercerla. El problema nunca fue el liderazgo; el problema siempre ha sido el corazón desde el cual se lidera. Un mismo ministerio puede convertirse en un canal de

gracia o en un instrumento de opresión, dependiendo de si quien lo ejerce ha aprendido a vivir bajo el modelo del Padre revelado en Cristo.

Aquí encontramos una de las diferencias más profundas entre el liderazgo del Reino y los sistemas contruidos por los hombres. En el Reino, cuanto mayor es la autoridad que Dios concede, mayor es también la responsabilidad de servir.

El crecimiento nunca otorga privilegios para ser atendidos; concede oportunidades para amar más profundamente. Quien ha recibido más experiencia debe sostener a los más débiles. Quien ha caminado durante más tiempo con el Señor debe mostrar mayor paciencia. Quien ha sido enriquecido con mayor revelación tiene la responsabilidad de transmitirla con humildad y generosidad. El liderazgo deja de ser un lugar desde donde mirar hacia abajo para convertirse en una posición desde donde extender la mano a quienes todavía están creciendo.

Cuando este principio gobierna la vida de la Iglesia, la autoridad deja de inspirar temor para despertar confianza. Los hijos espirituales ya no perciben a sus padres como personas que vigilan cada uno de sus movimientos, sino como hombres y mujeres que permanecen cerca para sostenerlos cuando las fuerzas parecen faltar.

Entonces el liderazgo recupera su belleza original, porque vuelve a parecerse al modelo que Jesús dejó grabado

para siempre aquella noche en que, teniendo toda autoridad en el cielo y en la tierra, eligió expresar Su grandeza de la manera más sencilla y más poderosa: “sirviendo”.

Capítulo seis

LA DIFERENCIA ENTRE CONTROLAR Y ACOMPAÑAR

Quizá una de las confusiones más frecuentes dentro del liderazgo cristiano consiste en identificar la autoridad con el control. A lo largo de la historia de la Iglesia, no pocas veces se ha pensado que un líder fuerte es aquel que logra supervisar cada detalle, conocer cada decisión, intervenir en cada proceso y conservar la última palabra sobre todo aquello que sucede a su alrededor. Sin embargo, cuando observamos atentamente la vida de Jesús descubrimos un modelo completamente diferente. El Señor ejercía una autoridad absoluta, pero jamás necesitó controlar la vida de quienes caminaban con Él.

Esta diferencia merece una reflexión profunda, porque no se trata únicamente de dos maneras distintas de dirigir personas. Detrás de cada una existe una comprensión completamente diferente del corazón del Padre. El control nace del temor; el acompañamiento nace del amor. El primero intenta garantizar resultados mediante la supervisión constante. El segundo confía en la obra silenciosa que el Espíritu Santo realiza en el interior de cada hijo.

Cuando un padre vive dominado por el temor, inevitablemente sentirá la necesidad de controlar. Temerá que sus hijos se equivoquen, que tomen malas decisiones, que escuchen otros consejos o que desarrollen iniciativas diferentes de las suyas. Poco a poco comenzará a intervenir en aspectos que corresponden al crecimiento personal de cada uno. Con la mejor de las intenciones, terminará ocupando un lugar que solamente pertenece al Espíritu Santo. Jesús jamás cayó en esa tentación.

Los Evangelios muestran repetidamente que concedía a Sus discípulos un margen sorprendente para aprender, decidir e incluso equivocarse. Los observó discutir, escuchó preguntas que revelaban una profunda inmadurez. Contempló reacciones impulsivas, interpretaciones equivocadas y momentos de incredulidad. Sin embargo, nunca respondió construyendo un sistema de control que eliminara toda posibilidad de error. Prefirió formar el corazón antes que restringir cada movimiento.

Este principio resulta particularmente evidente cuando el Señor envió a los Doce y posteriormente a los setenta. Podría haberlos acompañado personalmente durante toda la misión, corrigiendo cada palabra pronunciada y supervisando cada decisión tomada. No lo hizo. Los envió. Confió en ellos. Les permitió vivir la experiencia del ministerio y luego los recibió nuevamente para seguir enseñándoles. Comprendía que la confianza también forma parte del proceso educativo del Reino.

Hay una enorme diferencia entre abandonar y acompañar. Un padre saludable nunca abandona a sus hijos. Permanece disponible, escucha, aconseja, anima y corrige cuando resulta necesario. Sin embargo, tampoco invade constantemente el espacio donde ellos deben aprender a caminar con Dios. Sabe permanecer cerca sin convertirse en un obstáculo para el crecimiento.

Quizá esta sea una de las imágenes más hermosas del Padre celestial. Desde el principio de las Escrituras observamos que Dios nunca anuló completamente la capacidad de decisión del hombre. Incluso en el huerto del Edén permitió que Adán y Eva eligieran.

Más adelante respetó la decisión de Israel cuando pidió un rey, aunque les advirtió claramente las consecuencias de aquel camino. El padre del hijo pródigo tampoco encerró a su hijo para impedirle marcharse. Sufrió profundamente su partida, pero comprendió que el amor no puede imponerse mediante la fuerza.

Este principio atraviesa toda la historia de la redención. El Padre nunca construye hijos obedientes eliminando su libertad. Forma corazones que aprenden voluntariamente a amar Su voluntad. Existe una enorme diferencia entre ambas cosas. La primera produce conformidad exterior; la segunda transforma el interior del hombre.

Por esa razón, un padre espiritual debe aprender a convivir con un cierto grado de incertidumbre. Ningún

proceso de formación puede eliminar completamente la posibilidad del error. Siempre existirá el riesgo de que un hijo tome una mala decisión o necesite aprender mediante la experiencia. Pretender evitar absolutamente toda equivocación conduce inevitablemente al control. En cambio, aceptar que el crecimiento incluye procesos, tropiezos y restauraciones permite desarrollar una paternidad mucho más semejante a la del Padre celestial.

Esta verdad exige una profunda seguridad interior. Solamente quien descansa plenamente en Dios puede permitir que otros crezcan sin sentirse amenazado por sus decisiones. El líder inseguro necesita controlar porque cree que todo depende finalmente de él. El padre saludable puede acompañar con serenidad porque sabe que la obra pertenece al Señor. Él siembra, enseña, aconseja y sirve con fidelidad, pero reconoce humildemente que es el Espíritu Santo quien produce el verdadero crecimiento.

El apóstol Pablo expresó esta realidad con admirable sencillez cuando escribió a los corintios: ***“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”*** (1 Corintios 3:6). En pocas palabras resumió una de las mayores libertades que puede experimentar un padre espiritual. No necesita cargar sobre sus hombros una responsabilidad que solamente corresponde al Padre. Puede trabajar con diligencia, amar profundamente a sus hijos y acompañarlos durante años, sabiendo que la transformación final no depende de su capacidad, sino de la fidelidad de Dios.

Cuando esta verdad gobierna el corazón de un líder, desaparece lentamente la necesidad de controlar. Ya no siente que debe vigilar cada paso de quienes acompaña. Aprende a confiar, a esperar, a orar y a permanecer disponible. Comprende que su misión no consiste en reemplazar la voz del Espíritu Santo, sino en ayudar a otros a reconocerla cada vez con mayor claridad.

Y cuando finalmente contempla que aquellos hijos comienzan a caminar con firmeza delante del Padre, lejos de experimentar temor por perder protagonismo, descubre el gozo más profundo que puede conocer un verdadero padre: ver a sus hijos vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Existe otra característica de la autoridad según el Reino que suele pasar inadvertida y que, sin embargo, resulta esencial para comprender el corazón de un verdadero padre: su relación con el tiempo. Vivimos en una cultura que ha convertido la rapidez en una virtud. Todo debe producir resultados inmediatos. Esperamos respuestas instantáneas, crecimiento acelerado y transformaciones visibles en el menor tiempo posible.

Sin advertirlo, esa mentalidad también ha penetrado muchas veces en la vida de la Iglesia. Evaluamos el éxito de un ministerio por la velocidad con que crece, por la cantidad de personas alcanzadas o por la rapidez con que se desarrollan nuevos proyectos. El Reino, sin embargo, parece moverse con un ritmo completamente diferente.

Cuando recorremos las Escrituras descubrimos que Dios nunca manifestó ansiedad por el tiempo. Desde nuestra perspectiva, muchos de Sus procesos parecen extraordinariamente largos. Abraham esperó décadas antes de abrazar al hijo de la promesa. José atravesó años de esclavitud y prisión antes de llegar al lugar que Dios había preparado para él. Moisés pasó cuarenta años en el desierto antes de regresar a Egipto. David fue ungido como rey siendo un joven pastor, pero transcurrieron muchos años antes de sentarse finalmente sobre el trono.

En todos estos casos el Señor pudo haber acelerado los acontecimientos. Sin embargo, eligió otro camino. La gran pregunta sería: ¿Por qué? Bueno, porque para Dios el carácter siempre resulta más importante que la velocidad.

Los hombres solemos preocuparnos por llegar rápidamente al destino. El Padre, en cambio, se ocupa de formar el corazón capaz de permanecer fiel cuando finalmente llegue ese momento. Él sabe que un hombre puede alcanzar una posición para la cual todavía no posee el carácter necesario, y entonces aquello que parecía una bendición termina convirtiéndose en una carga imposible de sostener. Por eso, antes de confiar grandes responsabilidades, el Padre dedica tiempo a trabajar silenciosamente en el interior de Sus hijos.

Este principio también gobernó el ministerio de Jesús. Resulta llamativo que el Hijo de Dios dedicara aproximadamente tres años y medio a formar un grupo

reducido de discípulos. Desde una perspectiva puramente estratégica, muchos podrían considerar que se trató de un método poco eficiente. ¿Por qué invertir tanto tiempo en tan pocas personas cuando el mundo entero necesitaba escuchar el Evangelio del Reino?

La respuesta aparece al observar el resultado. Jesús no estaba construyendo un movimiento basado en Su presencia física; estaba formando hombres capaces de continuar la misión después de Su ascensión. El Reino nunca ha dependido de la velocidad con que comienzan las obras, sino de la profundidad con que quedan arraigadas en la vida de quienes las reciben.

Aquí encontramos una enseñanza de enorme valor para toda paternidad espiritual. Un padre saludable nunca vive desesperado por acelerar el crecimiento de sus hijos. Comprende que cada etapa posee un propósito y que existen lecciones que solamente pueden aprenderse caminando lentamente con Dios. No intenta adelantar procesos mediante la presión ni exige frutos que todavía no corresponden al momento que cada persona está atravesando.

En ocasiones olvidamos que incluso nuestro Señor aceptó vivir el ritmo del Padre. Los Evangelios guardan un llamativo silencio acerca de casi treinta años de la vida de Jesús. Sabemos muy poco de ese extenso período. Humanamente podríamos pensar que se trató de años desaprovechados. Sin embargo, el Padre jamás consideró perdido el tiempo dedicado a preparar a Su Hijo para el

ministerio público. Cuando finalmente llegó el momento señalado, Jesús estaba plenamente dispuesto para cumplir la misión que había recibido.

Esta realidad debería producir una profunda paz en el corazón de quienes ejercen cualquier forma de liderazgo. Muchas veces sentimos la presión de obtener resultados visibles para justificar nuestro trabajo. Sin embargo, el Reino nos recuerda que el crecimiento verdadero casi siempre ocurre de manera silenciosa.

Las raíces se desarrollan mucho antes de que aparezcan los frutos. Nadie contempla el lento trabajo que Dios realiza en el interior de un corazón durante años de obediencia, de pruebas, de pequeñas decisiones cotidianas y de perseverancia. Pero precisamente allí se está gestando el hombre o la mujer que un día podrá sostener responsabilidades mayores sin perder la humildad.

Un verdadero padre aprende, entonces, a caminar al ritmo del Padre. No se desespera cuando el proceso parece lento. No interpreta cada demora como un fracaso. Tampoco compara el crecimiento de un hijo con el de otro, porque sabe que el Señor escribe historias diferentes en cada vida. Su confianza no descansa en la velocidad de los resultados, sino en la fidelidad de Aquel que comenzó la buena obra y prometió perfeccionarla hasta el día de Jesucristo.

Quizá esta sea una de las mayores diferencias entre quien administra una organización y quien forma una familia.

La organización suele vivir pendiente del calendario y de las metas alcanzadas. La familia, en cambio, celebra cada paso del crecimiento, aunque todavía quede mucho camino por recorrer.

Ningún padre espera que un niño piense como un adulto. Se alegra con cada palabra nueva, con cada paso firme y con cada pequeña señal de madurez. Del mismo modo, el Padre celestial contempla con inmensa paciencia el crecimiento de Sus hijos. No porque ignore aquello que todavía necesita ser transformado, sino porque conoce perfectamente el destino hacia el cual los está conduciendo.

Quien aprende esta verdad descubre también una nueva manera de ejercer la autoridad. Deja de trabajar impulsado por la ansiedad y comienza a servir desde la confianza. Comprende que no ha sido llamado a fabricar resultados inmediatos, sino a colaborar fielmente con una obra cuyo verdadero arquitecto es Dios.

Y cuando esa certeza gobierna el corazón, la autoridad deja de parecer una carrera agotadora para convertirse en el privilegio de acompañar, con paciencia y esperanza, el maravilloso proceso mediante el cual el Padre continúa formando a Sus hijos a la imagen de Cristo.

Capítulo siete

EL SÍNDROME DEL HERMANO MAYOR

En este capítulo necesito volver nuevamente sobre la historia del hijo pródigo, ya que no puedo eludir las muchas riquezas que nos deja. Además, existen pasajes de las Escrituras parecen inagotables y este es uno de esos. Cada vez que volvemos a este texto descubrimos aspectos que tal vez nos pasaron inadvertidos y que arrojan nueva luz sobre el corazón de Dios y sobre la condición del hombre.

Durante siglos, la atención de la mayoría de los lectores se ha concentrado casi exclusivamente sobre el hijo menor, aquel que abandonó la casa de su padre para malgastar su herencia y que, después de experimentar el fracaso, regresó arrepentido. Sin embargo, Jesús no contó la historia para hablarnos únicamente del hijo perdido. También quiso revelar la tragedia de otro hijo que nunca abandonó físicamente la casa, pero cuyo corazón se encontraba tan lejos del padre como el de su hermano.

Podría afirmarse, incluso, que el verdadero escándalo de la parábola no consiste en que un joven haya desperdiciado su herencia, sino en que un hombre que jamás

dejó la casa del padre nunca hubiera llegado a conocer realmente su corazón. Mientras el hijo menor había descubierto la miseria de una vida lejos de la familia, el mayor había desarrollado una religiosidad silenciosa que le permitía permanecer cerca del padre sin disfrutar verdaderamente de la comunión con él. Esa es, quizá, una de las formas más sutiles y peligrosas de orfandad.

Cuando el padre recibe nuevamente al hijo que había regresado y organiza una gran celebración, el hermano mayor reacciona con una indignación que sorprende por su intensidad. En lugar de alegrarse por la restauración de su hermano, comienza a enumerar sus propios méritos, recuerda los años durante los cuales había servido obedientemente y expresa la sensación de haber sido tratado con injusticia.

“He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos.”

Lucas 15:29

Estas palabras permiten descubrir lo que realmente había ocurrido en su interior. Aunque permanecía en la casa, pensaba como un empleado y no como un hijo. Su relación con el padre estaba sostenida por el rendimiento, no por el amor. Había convertido la obediencia en una moneda de intercambio con la cual esperaba obtener reconocimiento. No disfrutaba del privilegio de pertenecer a la familia; simplemente esperaba que sus años de servicio fueran recompensados de una manera que él consideraba justa.

Resulta profundamente revelador observar la respuesta del padre:

***“Hijo, tú siempre estás conmigo,
y todas mis cosas son tuyas.”***

Lucas 15:31

Con una sola frase, el padre desmonta toda la lógica sobre la cual el hermano mayor había construido su vida. Nunca había necesitado ganarse aquello que ya le pertenecía por su condición de hijo. El problema no consistía en la falta de generosidad del padre, sino en la incapacidad del hijo para comprender la naturaleza de la relación que existía entre ambos. Vivía rodeado de abundancia, pero tenía mentalidad de escasez. Habitaba en la casa, pero seguía comportándose como un jornalero.

No es difícil advertir que esta actitud puede reproducirse también dentro de la Iglesia. De hecho, constituye una de las tentaciones más frecuentes para quienes llevan muchos años sirviendo al Señor. Con el paso del tiempo, el ministerio puede convertirse silenciosamente en un espacio donde comenzamos a medir nuestro valor por los años de servicio, por los sacrificios realizados o por las responsabilidades asumidas.

Sin advertirlo, dejamos de disfrutar la gracia y comenzamos a llevar una contabilidad interior de nuestros méritos. Entonces, el crecimiento de otros ya no produce alegría, sino comparación; los logros ajenos despiertan

incomodidad; el reconocimiento concedido a un hermano comienza a interpretarse como una pérdida personal.

El síndrome del hermano mayor no siempre se manifiesta mediante palabras agresivas. Con frecuencia adopta formas mucho más discretas. Puede esconderse detrás de una sonrisa cordial, de una aparente fidelidad doctrinal o incluso de una larga trayectoria ministerial. Sin embargo, tarde o temprano termina revelándose porque le resulta difícil celebrar sinceramente aquello que Dios hace en la vida de los demás.

He conocido, a lo largo de los años de ministerio, situaciones que ilustran dolorosamente esta realidad. Sin necesidad de mencionar nombres, he visto líderes profundamente utilizados por Dios que comenzaron su camino sirviendo con una admirable sencillez, pero que lentamente fueron desarrollando un temor permanente a ser reemplazados.

Al principio solo corregían algunos detalles con excesivo rigor; luego comenzaron a desconfiar de cualquier persona que mostrara dones evidentes; más tarde dejaron de delegar responsabilidades y, finalmente, terminaron rodeándose únicamente de colaboradores que nunca representarían una amenaza para su posición. Lo más triste es que, muchas veces, ellos mismos jamás advirtieron el proceso que estaban viviendo. Creían estar protegiendo la obra de Dios, cuando en realidad estaban intentando proteger un lugar que solo existía en su propia percepción.

El Reino de Dios jamás ha necesitado que alguien defienda una posición personal. Cuando el Padre llama a una persona para servir, también es Él quien sostiene ese llamado. La inseguridad aparece cuando dejamos de confiar en la fidelidad de Dios y comenzamos a depender de los mecanismos humanos para conservar influencia. Entonces el liderazgo deja de ser un servicio y se transforma en una lucha silenciosa por preservar espacios de reconocimiento.

Saúl representa uno de los ejemplos más claros de este proceso. Al comienzo de su reinado encontramos a un hombre humilde que incluso se escondía cuando debía ser presentado delante del pueblo. Sin embargo, el paso del tiempo fue revelando un corazón cada vez más dependiente de la aprobación humana. El momento decisivo llegó cuando las mujeres de Israel comenzaron a cantar:

“Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles.”

1 Samuel 18:7

Aquella canción no hizo nacer los celos; simplemente puso al descubierto algo que ya estaba creciendo en el corazón del rey. Desde ese día, Saúl dejó de mirar a David como un colaborador para comenzar a verlo como un competidor. Su prioridad dejó de ser el bienestar del reino y pasó a ser la conservación de su propio prestigio. La inseguridad terminó consumiendo su paz, deformando sus decisiones y conduciéndolo a perseguir precisamente al hombre que Dios había levantado para bendecir a Israel.

Siempre que la identidad de un líder descansa sobre el cargo que ocupa, el crecimiento de otros será interpretado como una amenaza. Pero cuando esa identidad descansa en el amor del Padre, ocurre exactamente lo contrario. Cada nuevo hijo que madura, cada ministerio que florece y cada generación que supera a la anterior se convierte en motivo de profunda gratitud, porque el objetivo nunca fue construir una plataforma personal, sino participar del crecimiento de la familia de Dios.

El hermano mayor también revela otra característica que merece nuestra atención. Nunca llama “mi hermano” al hijo que ha regresado. Cuando habla con el padre utiliza una expresión cargada de distancia: ***“Ese hijo tuyo...” (Lucas 15:30)***. La competencia siempre termina debilitando el sentido de familia. Allí donde comienza la comparación, los vínculos dejan de edificarse sobre el amor y empiezan a construirse alrededor de la rivalidad. El otro ya no es un hermano cuya madurez deseo contemplar, sino alguien cuya presencia parece disminuir mi propio valor.

Esta mentalidad puede infiltrarse con sorprendente facilidad en los espacios ministeriales. Cuando un predicador necesita ser siempre el más admirado, cuando un pastor se incomoda porque otro ministerio crece, cuando un líder limita deliberadamente el desarrollo de quienes podrían llegar más lejos que él, el problema no es organizacional ni estratégico; es profundamente espiritual. El corazón ha comenzado a mirar la obra de Dios como si fuera una propiedad privada y no la viña del Padre.

Precisamente por eso el síndrome del hermano mayor suele abrir la puerta a otras actitudes igualmente dañinas. La manipulación aparece como un intento de conservar influencia. El control pretende garantizar una seguridad que solo puede encontrarse en Dios.

La culpa comienza a utilizarse como herramienta para retener personas. La honra deja de ser una respuesta espontánea del amor y pasa a convertirse en una exigencia. Los títulos adquieren un valor desproporcionado, porque ya no expresan una función de servicio, sino una necesidad de reconocimiento. Poco a poco, la sencillez del Evangelio queda cubierta por una estructura donde la autoridad se protege a sí misma en lugar de proteger a los hijos.

Todo esto constituye exactamente lo opuesto al corazón del Padre. Mientras el hermano mayor llevaba la cuenta de los méritos, el padre celebraba la restauración. Mientras uno medía la justicia según el rendimiento, el otro actuaba movido por la misericordia. Mientras uno veía competencia, el otro veía familia. Allí encontramos dos maneras completamente diferentes de entender el Reino de Dios.

Quizá por esa razón Jesús dejó la parábola sin un desenlace explícito respecto del hermano mayor. Nunca sabemos si finalmente entró a la fiesta. El Señor parece dejar la historia deliberadamente abierta para que cada lector responda la pregunta con su propia vida. Porque el verdadero propósito de la parábola no consiste en juzgar al hermano

mayor, sino en permitir que cada uno de nosotros descubra si, en algún rincón del corazón, todavía permanece viva esa silenciosa tentación de servir al Padre sin haber aprendido realmente a disfrutar de Su corazón.

Existe una consecuencia del espíritu del hermano mayor que pocas veces recibe la atención que merece. No solamente le impide disfrutar de la gracia del Padre; también le roba la capacidad de celebrar sinceramente aquello que Dios hace en la vida de los demás. Poco a poco el corazón deja de alegrarse por el crecimiento ajeno y comienza a medir cada bendición recibida por otros como si constituyera una pérdida personal. Allí nace una de las formas más silenciosas y peligrosas de la orfandad espiritual.

Cuando el hijo menor regresó a casa, el padre organizó una fiesta. Todo en aquella escena comunicaba gozo, restauración y esperanza. El vestido nuevo, el anillo, las sandalias y el becerro engordado hablaban de una bienvenida inmerecida. Sin embargo, aquello que llenaba de alegría el corazón del padre producía una profunda incomodidad en el hermano mayor. Ambos observaban exactamente el mismo acontecimiento, pero lo interpretaban desde corazones completamente diferentes.

El padre veía a un hijo recuperado, el hermano mayor veía un privilegio inmerecido. El padre celebraba la restauración, pero el hermano mayor calculaba los méritos. El padre contemplaba el futuro, pero el hermano mayor permanecía atrapado en el pasado.

Esta diferencia continúa manifestándose en la vida de la Iglesia. Allí donde el corazón del Padre gobierna una comunidad, cada paso de crecimiento experimentado por un hermano se convierte en motivo de gratitud. Cuando alguien es restaurado, toda la familia celebra. Cuando Dios levanta nuevos obreros, los demás encuentran gozo en contemplar cómo el Reino sigue avanzando. El éxito de uno se transforma en el gozo de todos porque nadie siente que el crecimiento ajeno disminuya el lugar que el Padre ha preparado para cada hijo.

La mentalidad del hermano mayor produce exactamente el efecto contrario. Vive comparando constantemente. Si otro recibe una responsabilidad, inmediatamente se pregunta por qué él no fue elegido. Si un ministerio comienza a dar fruto, busca silenciosamente razones para relativizar ese crecimiento.

Si un creyente recién convertido avanza rápidamente en su desarrollo espiritual, aparece una secreta resistencia difícil de explicar. Nada de esto suele expresarse abiertamente. Se trata de movimientos interiores que el propio corazón intenta justificar mediante argumentos aparentemente razonables. Sin embargo, detrás de todos ellos permanece el mismo problema: la dificultad para descansar plenamente en el amor del Padre.

La comparación jamás nace de un corazón satisfecho. Solo compara quien todavía necesita demostrar su propio valor. Ese es el problema de muchos ministros que en lugar

de ejercer un rol de paternidad sincera, solo alcanzan la medida de un hermano mayor. “Te ayudo, pero no me superes...” “Te puede ir bien, pero no mejor que a mí...” Y en lugar de cubrir a su hermano, lo expone haciendo notorios sus errores.

Quien vive afirmado en la gracia puede contemplar con alegría los dones, los logros y el crecimiento de los demás porque ha descubierto que la identidad nunca depende del lugar ocupado dentro de la familia. El hijo sabe que el amor del Padre no se reparte como un recurso limitado. No disminuye porque otro sea bendecido. No necesita competir para recibir atención. Cada hijo posee un lugar único e irrepetible dentro del corazón del Padre.

Esta seguridad transforma completamente la manera de relacionarnos con quienes sirven junto a nosotros. Dejamos de observarlos como posibles competidores y comenzamos a reconocerlos como compañeros de una misma misión. La diversidad de dones deja de generar tensión para convertirse en una expresión de la sabiduría del Espíritu Santo. Comprendemos que Dios jamás pretendió que todos reflejáramos exactamente las mismas capacidades, porque la riqueza del cuerpo de Cristo consiste precisamente en la complementariedad de sus miembros.

El apóstol Pablo comprendía profundamente esta realidad cuando escribió a los corintios acerca del cuerpo y sus diferentes miembros. Ningún ojo necesita competir con la mano, ni el oído sentir envidia del pie. Cada parte

encuentra su belleza precisamente porque todas reciben la vida de una misma Cabeza. La comparación solamente aparece cuando olvidamos que pertenecemos a una familia y comenzamos a actuar como si formáramos parte de una competencia.

Quizá una de las señales más claras de que el corazón está siendo sanado por el Padre consiste en experimentar un gozo genuino cuando Dios utiliza a otros con mayor eficacia de la que alguna vez nos utilizó a nosotros. Ese momento revela si nuestra identidad descansa verdaderamente en el Padre o todavía depende del reconocimiento recibido por los hombres.

Esta fue una de las virtudes más hermosas de Juan el Bautista. Cuando algunos de sus discípulos comenzaron a inquietarse porque las multitudes seguían cada vez más a Jesús, esperaban probablemente despertar en su maestro algún sentimiento de preocupación. Después de todo, el ministerio de Juan parecía disminuir mientras el de Cristo crecía de manera extraordinaria. Sin embargo, la respuesta del Bautista revela un corazón completamente libre de toda rivalidad, porque estaba dispuesto a menguar.

Esa actitud es la de un hombre profundamente satisfecho con el propósito que el Padre le había confiado. Juan comprendía que nunca había sido llamado a reunir personas alrededor de sí mismo. Toda su misión consistía en preparar el camino para el Mesías. Ver que las multitudes abandonaban su ministerio para seguir a Jesús no

representaba un fracaso; constituía el cumplimiento glorioso de aquello para lo cual había nacido.

Todo padre espiritual necesita llegar a ese mismo lugar. Existe una inmensa diferencia entre disfrutar de que los hijos caminen junto a nosotros y necesitar que permanezcan siempre alrededor de nosotros para sentirnos valiosos. El primero expresa amor; el segundo revela dependencia emocional. El corazón del Padre nunca construye relaciones destinadas a alimentar el ego de quien guía. Toda verdadera paternidad encuentra su mayor alegría cuando contempla que los hijos avanzan con paso firme hacia una comunión cada vez más profunda con Cristo.

Quizá por eso el hermano mayor nunca pudo entrar en la fiesta. Mientras el padre celebraba la restauración del hijo menor, él continuaba intentando demostrar que merecía un reconocimiento superior. No comprendía que el amor del Padre nunca había estado en discusión. Había vivido tantos años cerca de la casa que terminó olvidando el privilegio más grande de todos: pertenecer a la familia. Y cuando un hijo olvida que ya es amado, inevitablemente comenzará a competir por aquello que siempre había sido suyo desde el principio.

Toda verdadera paternidad procura precisamente sanar esa herida. Porque solamente un hijo completamente seguro del amor del Padre podrá alegrarse sin reservas cuando la gracia de Dios brille con fuerza sobre la vida de sus hermanos. Allí desaparece la rivalidad, cesa la comparación

y nace la comunión que caracteriza a la familia del Reino. Entonces el crecimiento de uno deja de percibirse como una amenaza y comienza a celebrarse como una nueva evidencia de que el Padre sigue formando una casa donde todos los hijos encuentran un lugar, una identidad y una alegría compartida en Cristo.

Hay un detalle de la parábola que suele pasar desapercibido y que, sin embargo, constituye el centro mismo del relato. El hermano mayor nunca abandonó la casa, pero tampoco llegó a conocer verdaderamente el corazón de su padre. Permaneció físicamente cerca durante muchos años y, aun así, vivió como un extraño dentro de su propia familia.

Esta es una de las tragedias más silenciosas de la vida espiritual. Es posible permanecer durante décadas dentro de una congregación, servir con fidelidad, asumir responsabilidades, participar de innumerables actividades e incluso convertirse en un referente para otros, sin haber aprendido todavía cómo late realmente el corazón del Padre.

El hermano mayor conocía las normas de la casa, conocía las tareas, conocía los horarios, conocía las obligaciones, pero desconocía el amor que gobernaba cada decisión de su padre. Por eso reaccionó con tanta dureza cuando el hijo menor regresó. Su problema no consistía únicamente en la falta de misericordia hacia su hermano. Mucho antes de endurecerse con él, ya se había endurecido respecto del padre. Había llegado a interpretar cada gesto de

amor como una injusticia y cada acto de gracia como una amenaza para el orden que él consideraba correcto.

La religiosidad siempre produce ese efecto. Poco a poco reemplaza la relación por el rendimiento. El creyente deja de vivir como un hijo que disfruta de la presencia del Padre y comienza a actuar como un empleado que intenta conservar su puesto mediante el cumplimiento de determinadas obligaciones.

Exteriormente ambas vidas pueden parecer muy similares. Las dos oran, sirven, congregan y trabajan. Sin embargo, existe una diferencia inmensa en aquello que impulsa cada acción. El hijo sirve porque ya sabe que es amado. El religioso sirve esperando confirmar, mediante su desempeño, un valor que todavía no ha comprendido recibir gratuitamente.

Quizá por esa razón las palabras del padre resultan tan conmovedoras: ***“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas...”*** No se trata simplemente de una explicación; es una invitación a descubrir una realidad que el hermano mayor jamás había disfrutado. Mientras él llevaba la cuenta de sus años de servicio, el padre intentaba recordarle que la verdadera riqueza nunca había consistido en la recompensa, sino en la comunión.

¡Qué contraste tan profundo! El hijo hablaba de trabajo, el padre hablaba de pertenencia. El hijo hablaba de

méritos, mientras que el padre hablaba de herencia. El hijo reclamaba reconocimiento, pero el padre ofrecía intimidad.

Allí encontramos una de las diferencias más importantes entre la mentalidad de un huérfano y la de un hijo. El huérfano vive intentando ganarse un lugar; el hijo vive desde el lugar que ya recibió. El primero calcula cuánto ha dado; el segundo contempla agradecido todo lo que ha recibido. El primero teme perder aquello que posee; el segundo descansa porque sabe que el amor del Padre no depende de sus méritos, sino de la fidelidad de Aquel que lo adoptó.

Esta verdad transforma por completo la manera de ejercer cualquier forma de autoridad espiritual. Quien todavía necesita demostrar permanentemente su valor terminará buscando reconocimiento, influencia o protagonismo. Incluso el servicio más sacrificado puede convertirse en una plataforma para alimentar una necesidad interior de aprobación. En cambio, quien ha descubierto la seguridad de ser hijo ya no necesita utilizar el ministerio para construir una identidad. Sirve porque ama; no ama para poder servir. Su motivación nace de la plenitud y no de la carencia.

Resulta significativo que el padre saliera dos veces de la casa durante aquella jornada. Primero salió al encuentro del hijo menor que regresaba desde un país lejano. Más tarde volvió a salir, esta vez para buscar al hermano mayor que se negaba a participar de la celebración. Ambos necesitaban ser encontrados. Ambos requerían experimentar el mismo amor.

La diferencia consistía en que uno conocía su necesidad, mientras el otro todavía creía que no tenía nada que recibir.

Este detalle revela una de las verdades más hermosas del Evangelio. El Padre ama tanto al pecador quebrantado como al religioso endurecido. Sale al encuentro del que ha desperdiciado su herencia, pero también del que ha convertido la obediencia en una carga insoportable. No abandona a ninguno de los dos. Su deseo permanece inalterable: restaurar la relación con cada hijo y conducirlo hacia el gozo de la comunión.

Sin embargo, la parábola termina con una pregunta abierta. Jesús nunca nos dice si el hermano mayor finalmente entró en la fiesta. El relato queda deliberadamente inconcluso porque el verdadero desenlace debía producirse en el corazón de quienes estaban escuchando aquellas palabras. Los fariseos, representados por el hermano mayor, debían decidir si permanecerían aferrados a sus méritos o aceptarían entrar en la celebración de la gracia.

Esa misma pregunta continúa resonando en cada generación. También nosotros debemos decidir si construiremos una vida espiritual basada en el esfuerzo por merecer el favor de Dios o si aprenderemos a vivir como hijos que descansan en el amor del Padre. De esa respuesta dependerá no solamente nuestra relación con Dios, sino también la manera en que trataremos a quienes Él continúa restaurando por Su gracia.

Porque, al fin y al cabo, solo quien conoce verdaderamente el corazón del Padre puede alegrarse cuando otro hijo vuelve a casa. Solo quien vive desde la seguridad de la adopción puede abrir los brazos sin temor a perder su lugar. Y solo quien ha descubierto que toda la herencia ya le pertenece en Cristo puede celebrar, con un gozo limpio y sincero, que la mesa del Padre siga teniendo espacio para todos aquellos que regresan a Él.

Capítulo ocho

HIJOS MADUROS PADRES SALUDABLES

Existe una pregunta que rara vez nos detenemos a considerar: ¿cómo nace un padre espiritual? Con frecuencia hablamos de la importancia de la paternidad, de la necesidad de acompañar a otros o de la responsabilidad de formar nuevas generaciones. Sin embargo, pocas veces reflexionamos sobre el proceso mediante el cual Dios convierte a un simple creyente en un hombre o una mujer capaces de reflejar Su corazón.

La respuesta resulta tan sencilla como profunda. Nadie comienza siendo padre, todos comenzamos siendo hijos. Este principio atraviesa toda la Escritura. Dios nunca llamó a alguien para cuidar primero de otros sin haber trabajado antes profundamente en su propia vida. Antes de confiar personas, el Padre forma el corazón de quien habrá de servirlos. Antes de entregar responsabilidad, construye identidad. Antes de enseñar a acompañar, enseña a depender.

Quizá una de las mayores equivocaciones del liderazgo cristiano consiste en intentar producir padres espirituales mediante el nombramiento de cargos o el reconocimiento de

determinadas capacidades. Sin embargo, la paternidad jamás nace de una designación. Puede reconocerse públicamente en un determinado momento, pero comienza mucho antes, en el silencio del trato personal entre el Padre y cada uno de Sus hijos.

Toda verdadera paternidad tiene un largo pasado oculto. Existe un tiempo donde nadie observa el trabajo que Dios está realizando. Son años en los que el Padre confronta motivaciones, sana heridas, corrige orgullos, derriba falsas seguridades y enseña a descansar únicamente en Su gracia. Desde afuera puede parecer que ocurre muy poco. Sin embargo, en ese aparente silencio se está formando aquello que más adelante sostendrá la vida de muchos otros.

No deja de ser significativo que la mayoría de los grandes hombres de Dios hayan atravesado largos períodos de anonimato antes de ejercer una influencia pública. Reitero estos ejemplos: José aprendió a servir cuando nadie conocía su nombre. Moisés descubrió la mansedumbre cuidando ovejas lejos de Egipto. David adoró al Señor en los campos antes de dirigir una nación. Pablo pasó años de preparación antes de iniciar sus viajes misioneros.

El Padre nunca desperdicia esos tiempos, porque allí forma aquello que ninguna plataforma puede producir. La historia suele recordar los momentos visibles del ministerio. El Padre, en cambio, concede un inmenso valor a las etapas ocultas, allí nace la dependencia, allí muere la autosuficiencia, allí se aprende a obedecer cuando nadie

aplaude, allí se descubre que la comunión con Dios vale mucho más que cualquier reconocimiento humano.

Quizá por eso resulta imposible fabricar padres espirituales mediante programas acelerados de formación. Podemos transmitir conocimientos en pocos meses. Es posible enseñar doctrina, desarrollar habilidades de liderazgo o explicar principios de organización. Todo eso posee un enorme valor. Pero ninguna de esas cosas puede reemplazar el lento trabajo del Espíritu Santo formando el carácter de Cristo en el corazón de un hijo.

La paternidad pertenece al ámbito de la vida, no solamente al del conocimiento. Uno puede aprender técnicas para dirigir personas sin llegar jamás a reflejar el corazón del Padre, puede conocer profundamente las Escrituras y, sin embargo, continuar reaccionando desde el orgullo, la inseguridad o la necesidad de reconocimiento.

La información transforma la mente, la comunión transforma el corazón, y solamente un corazón transformado puede convertirse en refugio para otros. Por esa razón, Dios dedica tanto tiempo a tratar con quienes un día utilizará para acompañar vidas. No porque desconfíe de ellos, sino porque ama profundamente a aquellos que más adelante pondrá bajo su cuidado. El Padre sabe que nadie puede conducir a otros hacia una libertad que todavía no ha comenzado a experimentar personalmente.

Esta realidad también debería producir una profunda tranquilidad en quienes sienten el llamado a servir. Muchas veces observamos a personas que ejercen ministerios fructíferos y nos preguntamos por qué nuestro propio proceso parece avanzar con tanta lentitud. Sin embargo, el Reino no funciona mediante comparaciones.

Cada hijo recorre un camino único, cuidadosamente diseñado por el Padre. Él conoce las fortalezas, las debilidades, las experiencias y aun las heridas de cada uno. Por eso, también conoce exactamente el proceso necesario para formar el carácter de Cristo en cada vida.

No existen atajos para la madurez, toda semilla necesita tiempo para convertirse en árbol, todo discípulo necesita caminar antes de enseñar a caminar, todo hijo necesita aprender a descansar en el amor del Padre antes de intentar reflejar ese mismo amor sobre la vida de otros.

Quizá aquí encontremos una de las razones por las cuales algunas formas de liderazgo terminan agotándose tan rápidamente. Se edificaron sobre capacidades que crecieron más deprisa que el carácter. La influencia aumentó antes que la profundidad espiritual. Las responsabilidades se multiplicaron antes de que la identidad quedara plenamente afirmada en el Padre. Tarde o temprano esa desproporción comienza a manifestarse.

El Reino sigue otro orden. Primero forma al hombre, después confía la tarea. Primero fortalece las raíces, luego

permite que aparezcan los frutos. Primero enseña a vivir como hijo, después concede el privilegio de acompañar a otros hijos.

No existe inversión más sabia que esta, porque un padre espiritual no se define por la cantidad de personas que lo siguen, sino por la profundidad con que ha aprendido a seguir él mismo al Padre celestial. Y cuando ese proceso madura, casi sin advertirlo comienza a suceder algo extraordinario. Las personas ya no se acercan únicamente para escuchar sus palabras. También encuentran descanso en su presencia.

Descubren un corazón que no necesita demostrar superioridad, una autoridad que no aplasta, una firmeza que no deja de ser compasiva y una paciencia que transmite seguridad. En realidad, no están encontrando simplemente a un buen líder. Están contemplando el reflejo de un hombre que primero aprendió a vivir como hijo y que, precisamente por esa razón, ahora puede comenzar a amar como un verdadero padre.

Capítulo nueve

LOS PROCESOS HACIA LA MADUREZ

Cuando observamos la vida de los hombres y mujeres que Dios utilizó a lo largo de las Escrituras, descubrimos que, aunque cada historia posee rasgos únicos, existe un recorrido que aparece una y otra vez. El Padre no actúa mecánicamente ni somete a todos exactamente a las mismas experiencias. Sin embargo, sí parece conducir a Sus hijos por un camino semejante, cuyo propósito siempre es el mismo: formar en ellos el carácter de Cristo.

Todo comienza con un llamado. Ese llamado produce un profundo asombro. No nace porque el hombre haya alcanzado determinado nivel de perfección, sino porque la gracia decide comenzar una historia nueva. Todo hijo auténtico recuerda con gratitud ese momento en el que comprendió que Dios había fijado Sus ojos sobre él. Esa memoria se convierte en un ancla durante los años posteriores, porque cuando llegan las pruebas ya no se sostiene sobre su propia capacidad, sino sobre la fidelidad de Aquel que lo llamó. Sin embargo, el llamado nunca constituye el final del camino, es apenas el comienzo.

Después del llamado suele aparecer una etapa que muchos desearían evitar: “el quebrantamiento”. No hablamos aquí del sufrimiento como un fin en sí mismo ni de una espiritualidad que glorifica el dolor. El Padre no disfruta viendo sufrir a Sus hijos. Pero sí sabe que existen fortalezas humanas que solamente pueden caer cuando descubrimos nuestros propios límites. Hay seguridades que necesitan ser removidas para que la confianza descansa únicamente en Él.

Pedro tuvo que descubrir que su valentía no bastaba, Pablo necesitó comprender que su extraordinaria preparación religiosa no podía producir la justicia de Dios, Moisés tuvo que renunciar a la confianza en su propia fuerza, Jacob debió dejar de luchar para comenzar a recibir, cada uno fue quebrantado de una manera diferente, pero todos llegaron al mismo lugar: comprendieron que la obra de Dios jamás podría edificarse sobre la autosuficiencia humana.

Después del quebrantamiento comienza otra obra silenciosa y profundamente hermosa: la sanidad del corazón. Muchas veces asociamos la sanidad únicamente con el alivio del dolor. Sin embargo, el Padre realiza algo mucho más profundo. Él sana la identidad. Arranca el temor que dominaba nuestras decisiones, deshace las cadenas del rechazo, confronta la necesidad de aprobación, restaura la confianza y nos enseña, poco a poco, a vivir desde la certeza de ser hijos amados.

Este proceso suele requerir tiempo. No porque el poder de Dios sea insuficiente, sino porque el corazón necesita

aprender una manera completamente nueva de relacionarse con el Padre. Durante años quizá vivimos intentando ganar aceptación mediante el rendimiento. Ahora debemos descubrir que el amor del Padre precede a todo servicio. Esa transición transforma por completo la vida espiritual.

Entonces llega una etapa que muchas veces pasa inadvertida: la formación de la fidelidad en lo pequeño. Jesús dijo que quien es fiel en lo muy poco también lo será en lo mucho. No estaba estableciendo simplemente un principio administrativo; estaba describiendo el modo en que el Reino prepara a Sus hijos. Dios rara vez comienza confiando grandes responsabilidades. Antes observa cómo respondemos cuando nadie nos ve, cuando el servicio no recibe reconocimiento y cuando la tarea parece insignificante a los ojos de los hombres.

Es precisamente allí donde el corazón revela aquello que realmente ama. Quien sirve solamente cuando existe visibilidad todavía necesita que el Padre continúe formando su identidad. En cambio, quien permanece fiel aun en los lugares ocultos comienza a demostrar que ha comprendido que toda su vida se desarrolla delante de los ojos del Señor. Solo entonces el Padre empieza a ampliar progresivamente la responsabilidad.

Observemos que las Escrituras nunca presentan este crecimiento como una conquista personal. Ninguno de los grandes siervos de Dios tomó por sí mismo el siguiente escalón. Fue siempre el Señor quien abrió cada nueva etapa

en el momento oportuno. Esa realidad preserva al hijo de la ansiedad y también del orgullo. Comprende que no necesita luchar por alcanzar un lugar. Basta con permanecer disponible y fiel. El Padre conoce exactamente cuándo ha llegado el tiempo de confiarle una nueva porción de responsabilidad.

Sin embargo, ni siquiera ese momento constituye la meta del proceso. El objetivo nunca fue simplemente producir hombres capaces de dirigir. El propósito del Padre consiste en formar hombres capaces de amar como Él ama. Esta diferencia cambia por completo nuestra comprensión de la madurez espiritual.

Durante mucho tiempo pensamos que un creyente maduro era aquel que acumulaba mayor conocimiento, ejercía más autoridad o desarrollaba un ministerio más amplio. Sin embargo, cuando contemplamos la vida de Jesús descubrimos otro criterio. La verdadera madurez se manifiesta en la semejanza con el Padre. Cuanto más madura una persona, más humilde se vuelve. Cuanto más conoce a Dios, menos necesidad siente de demostrar su importancia. Cuanto más crece espiritualmente, mayor capacidad desarrolla para servir, escuchar, perdonar, esperar y acompañar.

Quizá por eso el Nuevo Testamento nunca presenta la paternidad espiritual como un reconocimiento que deba perseguirse. Es la consecuencia natural de una vida que ha permanecido durante años siendo transformada por el amor

del Padre. Los hijos comienzan a buscar consejo en quienes reflejan ese corazón, no porque estos hayan reclamado autoridad, sino porque la vida que llevan transmite seguridad, descanso y esperanza.

Al final, el proceso siempre desemboca en el mismo lugar. El hijo que un día necesitó ser sostenido aprende a sostener a otros. El que fue consolado comienza a consolar. El que fue perdonado aprende a restaurar. El que experimentó paciencia deja de desesperarse con los procesos ajenos. El que descubrió la ternura del Padre empieza, casi sin darse cuenta, a reflejar esa misma ternura en cada conversación, en cada corrección y en cada decisión.

Entonces ocurre algo profundamente hermoso. La persona ya no intenta convertirse en padre espiritual. Simplemente vive tan profundamente arraigada en el amor del Padre que ese amor comienza a desbordarse naturalmente sobre la vida de quienes la rodean. Y es precisamente allí donde nace la auténtica paternidad del Reino: no como el resultado de una aspiración personal, sino como el fruto inevitable de un hijo que ha permanecido durante tanto tiempo cerca del Padre que ha terminado pareciéndose a Él.

Capítulo diez

LA EVIDENCIA DE LA MADUREZ

Existe una señal de madurez espiritual que pocas veces aparece en nuestras conversaciones y que, sin embargo, constituye uno de los indicadores más claros del crecimiento de un hijo de Dios. Llega un momento en que el creyente deja de preguntarse principalmente qué puede recibir y comienza a preguntarse qué puede entregar. Ese cambio, aparentemente sencillo, revela una transformación mucho más profunda de lo que imaginamos.

La infancia, tanto natural como espiritual, gira inevitablemente alrededor de las propias necesidades. El niño necesita ser alimentado, protegido, enseñado y acompañado. No existe nada reprochable en ello. Forma parte del crecimiento. El problema aparece cuando esa manera de vivir permanece inalterable durante años. Entonces la persona continúa relacionándose con Dios, con la Iglesia e incluso con los demás creyentes únicamente desde la perspectiva de aquello que espera recibir.

El hijo maduro ha aprendido otra forma de vivir. Sin dejar de depender del Padre, descubre la alegría de

convertirse también en un instrumento para bendecir a otros. Ya no entra en una reunión preguntándose solamente qué palabra edificará su propia vida. Comienza a preguntarse quién necesita ser animado, consolado o fortalecido.

Ya no observa la congregación como un lugar destinado exclusivamente a satisfacer sus expectativas espirituales. La contempla como una familia dentro de la cual él también posee una responsabilidad. Ha comprendido que la vida del Reino siempre fluye hacia afuera.

Jesús expresó este principio con una sencillez extraordinaria cuando declaró que ***“más bienaventurado es dar que recibir”***. Estas palabras no constituyen únicamente una enseñanza acerca de la generosidad material. Revelan una ley espiritual que gobierna toda la vida del Reino. La plenitud no se alcanza acumulando constantemente para uno mismo, sino permitiendo que aquello que hemos recibido del Padre continúe fluyendo hacia otros.

Quizá por esa razón el Nuevo Testamento utiliza con tanta frecuencia la imagen del cuerpo. Ningún miembro existe para sí mismo. El ojo ve para todo el cuerpo. La mano trabaja para todo el cuerpo. Los pies caminan llevando consigo a todo el cuerpo. Cada parte encuentra precisamente su sentido cuando comienza a servir a las demás.

La madurez espiritual produce ese mismo efecto. El creyente deja de pensar como un individuo aislado y

comienza a vivir como parte de una familia. Descubre que el crecimiento personal nunca constituye un fin en sí mismo.

Cada verdad aprendida, cada experiencia vivida con Dios, cada prueba superada y cada consuelo recibido poseen un propósito mucho mayor que el beneficio individual. El Padre prepara a Sus hijos para que puedan compartir con otros aquello que primero recibieron de Él.

Pablo comprendía profundamente esta realidad. Cuando escribe a los corintios acerca del consuelo recibido en medio de las tribulaciones, afirma que Dios los consuela para que también ellos puedan consolar a otros con el mismo consuelo recibido. ¡Qué extraordinaria perspectiva! Incluso las experiencias más dolorosas dejan de ser acontecimientos exclusivamente personales. El Padre es capaz de convertirlas en recursos de gracia para la vida de muchos otros.

Lo mismo sucede con la paciencia. Quien ha experimentado la paciencia del Padre comienza a ser paciente con los demás, quien ha conocido el perdón aprende a perdonar, quien ha sido restaurado descubre una sensibilidad especial para restaurar, quien ha sido acompañado durante sus procesos aprende a caminar al lado de quienes todavía están creciendo.

Así nace, casi imperceptiblemente, el corazón de un padre. No aparece de un día para otro, no surge porque alguien reciba un nombramiento. Es el fruto de años viviendo bajo la influencia del amor del Padre.

Tal vez por eso Pablo podía dirigirse a Timoteo llamándolo *“verdadero hijo en la fe”*. Aquella expresión no era una fórmula afectuosa ni un recurso literario. Reflejaba una relación construida durante años de caminar juntos. Timoteo no solamente había aprendido las enseñanzas de Pablo; había contemplado su manera de vivir, su paciencia, su humildad, sus sufrimientos y su perseverancia. La paternidad siempre transmite mucho más que información. Transmite vida.

Esta verdad también nos protege de una tentación frecuente. En ocasiones creemos que la madurez consiste en alcanzar un punto donde ya no necesitamos a nadie. Nada podría estar más lejos del corazón del Reino. El hijo maduro nunca deja de ser hijo. Continúa aprendiendo, continúa siendo corregido y continúa dependiendo del Padre. Lo que cambia es que, mientras sigue recibiendo, también comienza a dar.

En esto encontramos una diferencia esencial entre independencia y madurez. La independencia procura no necesitar a nadie. La madurez aprende a depender correctamente del Padre para poder servir mejor a los hermanos. Cuanto más madura una persona, mayor conciencia tiene de su propia necesidad de la gracia. Precisamente por eso puede extender esa gracia sobre otros sin sentirse superior.

Es aquí donde la paternidad espiritual alcanza su expresión más hermosa. El padre no deja de verse como hijo

por haber comenzado a cuidar de otros. Al contrario, cuanto más profundamente experimenta el amor del Padre, más capaz se vuelve de reflejar ese mismo amor. Nunca sustituye su comunión con Dios por la responsabilidad ministerial. Comprende que ambas cosas permanecen inseparablemente unidas. Si deja de vivir como hijo, tarde o temprano también dejará de amar como padre.

Quizá este sea uno de los mayores peligros del servicio cristiano. Las responsabilidades pueden multiplicarse hasta el punto de ocupar el lugar que solamente corresponde a la comunión con el Padre. Cuando eso sucede, el ministerio comienza a sostener una identidad que antes descansaba en el amor de Dios. Poco a poco el servicio deja de brotar de la vida y comienza a intentar producirla. El resultado inevitable es el cansancio, la frustración y, muchas veces, el endurecimiento del corazón.

Por el contrario, quien permanece diariamente a los pies del Padre nunca sirve desde el vacío. Todo cuanto entrega ha sido recibido primero. Su paciencia nace de la paciencia que experimentó. Su misericordia refleja la misericordia que lo alcanzó. Su esperanza se alimenta de la esperanza que Dios sembró en él. En realidad, toda su vida termina convirtiéndose en una prolongación del corazón del Padre.

Y quizá allí podamos resumir qué significa realmente alcanzar la madurez espiritual. No consiste en dejar de ser hijo para convertirse en padre. Consiste en permanecer tan

profundamente arraigado en la identidad de hijo que el amor recibido del Padre comienza a desbordarse espontáneamente sobre la vida de otros. Cuando eso sucede, el creyente descubre una alegría nueva. Ya no vive solamente para crecer él mismo, sino para colaborar con el crecimiento de quienes el Señor pone en su camino. Y esa transición, silenciosa pero profundamente transformadora, constituye una de las evidencias más hermosas de que Cristo está siendo formado en el corazón de Sus hijos.

Capítulo once

EL CORAZÓN DE UN VERDADERO PADRE

Toda verdadera paternidad comienza en Dios. Esta afirmación, aunque sencilla, constituye el fundamento sobre el cual descansa todo lo que hemos considerado hasta aquí. Antes de que existieran familias, antes de que apareciera la nación de Israel, antes incluso de que el hombre fuera formado del polvo de la tierra, el Padre ya existía.

La paternidad no nació como una necesidad creada por la humanidad; brota de la propia naturaleza eterna de Dios. Él no aprendió a ser Padre. No llegó a serlo con el paso del tiempo. Tampoco recibió ese título porque alguien se lo otorgara. El Padre es Padre desde la eternidad, y toda expresión sana de paternidad encuentra en Él su origen, su significado y su propósito.

Por esa razón, el apóstol Pablo escribe una declaración de extraordinaria profundidad cuando dobla sus rodillas ***“ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”*** (Efesios 3:14 y 15). La expresión utilizada por el apóstol comunica mucho más que una relación de autoridad. Nos enseña que

toda auténtica paternidad deriva de Dios. Él no imita ningún modelo; todos los modelos verdaderos lo reflejan a Él. Cada padre que ama, protege, corrige, sostiene, consuela y forma a sus hijos está manifestando, aunque sea de manera imperfecta, algo del carácter eterno del Padre celestial.

Esta verdad posee enormes implicancias para la vida de la Iglesia. Durante muchos años, una parte importante de la enseñanza acerca del liderazgo se concentró casi exclusivamente en las funciones ministeriales. Aprendimos a distinguir entre pastores, maestros, evangelistas, profetas y apóstoles; estudiamos principios de administración eclesiástica; desarrollamos estrategias para organizar el trabajo y capacitar obreros. Todo ello tiene su lugar y su importancia. Sin embargo, existe un riesgo silencioso cuando la atención se dirige principalmente hacia las funciones: podemos llegar a formar ministros competentes sin formar padres espirituales.

Las funciones pueden aprenderse. El corazón solamente puede ser transformado. Esta diferencia explica por qué algunos hombres llegan a desempeñar exitosamente un ministerio durante muchos años sin transmitir nunca el descanso, la seguridad y la libertad que caracterizan al Padre.

Predican correctamente, organizan con eficiencia, administran con responsabilidad y, sin embargo, las personas que caminan junto a ellos continúan sintiéndose huérfanas. Hay enseñanza, pero no abrazo. Hay dirección, pero no descanso. Hay exigencia, pero no seguridad. Existe

estructura, pero no familia. Jesús jamás produjo esa sensación en quienes se acercaban a Él.

Resulta profundamente significativo observar que los Evangelios describen continuamente multitudes siguiendo al Señor. Entre ellas había personas con motivaciones muy diferentes. Algunos buscaban sanidad para sus enfermedades; otros esperaban ser alimentados; algunos deseaban contemplar un milagro; otros procuraban acusarlo para encontrar motivos de condenación. Sin embargo, había un grupo particularmente llamativo: aquellos hombres y mujeres que simplemente descubrían, estando cerca de Él, que habían encontrado el lugar donde su alma podía descansar.

Los niños corrían hacia Jesús sin temor. Los publicanos se sentían recibidos. Las prostitutas encontraban dignidad. Los leprosos descubrían que alguien se atrevía a tocarlos. Los endemoniados eran liberados. Los cansados hallaban reposo. Los quebrantados recuperaban esperanza. Todo esto ocurrió mucho antes de que comprendieran plenamente Su identidad como el Hijo de Dios. Algo en Su manera de mirar, de escuchar, de hablar y de acercarse a las personas les permitía experimentar anticipadamente el corazón del Padre.

No era simplemente el poder de Sus milagros lo que los atraía. Era la atmósfera del Reino que emanaba de Su propia vida. Aquí encontramos quizá una de las primeras

características del verdadero padre: su presencia produce seguridad.

No hablamos de una seguridad basada en la fortaleza humana ni en el prestigio ministerial. Hablamos de esa paz que experimentan quienes descubren que no necesitan demostrar constantemente su valor para ser amados. La cercanía de un verdadero padre comunica aceptación sin promover el conformismo; transmite gracia sin debilitar la verdad; inspira confianza sin renunciar a la santidad.

Jesús expresó este equilibrio de manera incomparable cuando dijo:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mateo 11:28

Estas palabras no constituyen únicamente una invitación evangelística. Revelan la naturaleza misma del Reino. Cristo no prometió simplemente resolver problemas. Prometió descanso. Y el descanso siempre ha sido uno de los mayores regalos que un padre puede ofrecer a sus hijos.

Vivimos en una generación profundamente agotada. Muchos llegan a la Iglesia después de años intentando demostrar que poseen suficiente valor para ser aceptados por el mundo. Han construido su identidad alrededor del rendimiento, del éxito, de la productividad o de la aprobación de los demás. Cuando finalmente encuentran una comunidad

cristiana, esperan descubrir un lugar donde puedan descansar en el amor de Dios. Sin embargo, algunas veces vuelven a experimentar exactamente la misma presión que ya conocían fuera de ella. Cambian los escenarios, cambian los lenguajes y cambian las actividades, pero permanece la sensación de que siempre deben hacer más para ser aceptados. Nada resulta más contrario al corazón del Padre.

El verdadero padre jamás utiliza el amor como recompensa por el buen comportamiento. Ama primero, precisamente para que el hijo pueda crecer hasta reflejar el carácter de la familia a la que pertenece. Este principio atraviesa todo el Evangelio. ***“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19)***. El amor de Dios nunca fue una respuesta a nuestros méritos. Fue el punto de partida de toda transformación.

Esta diferencia resulta decisiva para comprender la naturaleza de la paternidad espiritual. Cuando un padre ama únicamente mientras el hijo responde correctamente a sus expectativas, está convirtiendo el amor en un salario. El hijo aprende entonces que el afecto depende de su rendimiento. Vivirá esforzándose por no decepcionar, pero difícilmente llegará a conocer el descanso de la gracia. En cambio, cuando el amor permanece firme incluso durante los procesos de formación y corrección, el hijo descubre que pertenece a una familia antes de haber alcanzado la madurez completa.

Eso fue exactamente lo que hizo Jesús con Sus discípulos. Basta recorrer los Evangelios para advertir

cuántas veces ellos se equivocaron. Discutieron acerca de quién sería el mayor; comprendieron lentamente Sus enseñanzas; huyeron cuando Él fue arrestado; Pedro llegó incluso a negarlo públicamente. Sin embargo, nunca encontramos al Señor retirándoles Su amor. Los corrigió con firmeza cuando fue necesario, confrontó sus motivaciones y señaló sus errores con absoluta claridad, pero jamás puso en duda que seguían siendo los hombres a quienes había escogido para cambiar la historia.

Después de la resurrección, cuando hubiera parecido razonable esperar una severa reprensión por el abandono sufrido durante la crucifixión, el mensaje enviado a través de las mujeres contiene una expresión de extraordinaria ternura: ***“Id, dad las nuevas a mis hermanos...”*** (Mateo 28:10).

No los llamó cobardes. No los llamó traidores. No los definió por el peor momento de sus vidas. Los llamó hermanos. ¡Así mira el Padre! Mientras los hombres solemos etiquetar a las personas según sus fracasos, Dios continúa nombrándolas según el propósito eterno que Su gracia está formando en ellas.

Esa diferencia transforma completamente la manera de ejercer cualquier forma de liderazgo dentro de la Iglesia. Porque un verdadero padre nunca observa únicamente lo que un hijo es hoy; contempla también aquello que llegará a ser cuando la obra del Espíritu Santo haya alcanzado su plenitud.

Capítulo doce

LA PACIENCIA DEL PADRE

Si existe una virtud que aparece repetidamente en toda la historia de la redención es la paciencia del Padre. No se trata simplemente de una cualidad de Su carácter; es una de las formas más visibles mediante las cuales expresa Su amor. Dios nunca ha trabajado bajo la presión de la urgencia. Nunca ha tratado a Sus hijos como proyectos que deben terminarse cuanto antes. Desde el principio hasta el final de las Escrituras encontramos a un Padre que camina junto a los hombres con una perseverancia que sobrepasa toda comprensión. Quizá nosotros habríamos actuado de otra manera.

Seguramente habríamos perdido la paciencia con Abraham después de tantos tropiezos. Un hombre que recibió una promesa extraordinaria y, sin embargo, intentó cumplirla por sus propios medios. Mintió por temor, procuró protegerse a sí mismo antes que honrar a Dios y, finalmente, buscó una solución humana para aquello que solamente podía nacer del cumplimiento de la promesa divina. Aun así, el Señor nunca retiró Su llamado. Continuó hablándole, corrigiéndolo,

afirmando Su pacto y conduciéndolo paso a paso hasta convertirlo en el padre de la fe.

Lo mismo ocurrió con Jacob. ¡Cuánto tiempo necesitó Dios para transformar el corazón de aquel hombre! El engañador debía convertirse en Israel. Pero el Padre no intentó modificar únicamente su conducta; trabajó sobre su identidad. Permitió circunstancias, encuentros, pérdidas, reconciliaciones y largos años de aprendizaje hasta que Jacob comprendió que la bendición no podía obtenerse mediante astucia, sino que debía recibirse como un regalo de la gracia.

José también recorrió un camino prolongado. Aquel joven que soñaba con gobernar sobre sus hermanos necesitaba descubrir primero el valor de la humildad, la fidelidad y el servicio silencioso. La prisión no representó un retraso en el plan de Dios. Fue parte del proceso mediante el cual el Padre preparó un corazón capaz de administrar poder sin dejarse dominar por él. Cuando finalmente llegó el momento de ocupar el segundo lugar en Egipto, José ya no era simplemente un soñador; era un hombre transformado.

Moisés constituye otro ejemplo extraordinario. Después de intentar liberar al pueblo mediante sus propias fuerzas, pasó cuarenta años en el desierto. Humanamente, aquel tiempo parecía un fracaso. Sin embargo, mientras el mundo veía un pastor de ovejas olvidado en el desierto, el Padre seguía formando al libertador de Israel. La paciencia de Dios nunca confunde el silencio con la ausencia. Aunque

nada parezca avanzar, Él continúa obrando en lo profundo del corazón.

Lo mismo sucedió con David. Fue ungido siendo muy joven, pero no ocupó inmediatamente el trono. Entre la promesa y su cumplimiento hubo persecuciones, cuevas, traiciones y largos períodos de espera. Cada uno de esos años fue cincelandó el carácter del futuro rey. Dios no solamente quería darle un reino; deseaba formar un hombre capaz de gobernarlo conforme a Su corazón.

Cuando observamos estas historias en conjunto descubrimos un patrón que se repite una y otra vez. El Padre nunca comenzó una obra importante preparando primero una plataforma. Siempre comenzó formando una persona. Antes del ministerio vino el carácter. Antes de la influencia llegó el quebrantamiento. Antes de la autoridad apareció la dependencia. El Reino jamás invierte ese orden.

Esta verdad resulta profundamente liberadora para quienes ejercen cualquier forma de paternidad espiritual. Muchas veces sentimos la presión de acelerar el crecimiento de quienes acompañamos. Nos impacientamos cuando los cambios parecen lentos, cuando ciertas debilidades reaparecen o cuando algunos procesos se prolongan más de lo esperado. Sin advertirlo, terminamos exigiendo a los hijos una velocidad que ni siquiera el Padre exigió a los hombres que escogió para escribir la historia de la salvación.

Quizá el problema radique en que nosotros solemos mirar el presente, mientras que el Padre contempla el destino. Nosotros vemos las limitaciones actuales; Él observa la obra terminada. Nosotros medimos los tropiezos del camino; Él permanece comprometido con la promesa que decidió cumplir. Allí nace una paciencia que no es pasividad ni indiferencia, sino la expresión de una confianza absoluta en el poder transformador de Su propia gracia.

El apóstol Pablo expresó esta certeza con una convicción extraordinaria cuando escribió a los filipenses: ***“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”*** (Filipenses 1:6). Observemos cuidadosamente el sujeto de la acción. Pablo no dijo que los creyentes completarían por sí mismos la obra iniciada. Declaró que sería Dios quien la llevaría a término. Esa seguridad permitió al apóstol acompañar personas imperfectas sin desesperar por sus debilidades. Sabía que la fidelidad del Padre era mucho más grande que la inmadurez de Sus hijos.

Todo verdadero padre necesita aprender a mirar de esa manera. Cuando contempla a un hijo, no debería limitarse a observar lo que todavía falta, sino también aquello que la gracia ya ha comenzado a producir. Debe aprender a descubrir pequeñas evidencias de crecimiento que quizá otros pasan por alto. Una decisión diferente, una reacción más humilde, un acto silencioso de obediencia o una nueva sensibilidad hacia la voz del Espíritu pueden representar

avances inmensos en la obra de transformación que el Padre está realizando.

La paciencia nace precisamente allí: cuando dejamos de exigir perfección inmediata y comenzamos a colaborar con los tiempos de Dios. No significa conformarse con la inmadurez ni renunciar al llamado a crecer. Significa comprender que el fruto madura lentamente y que el agricultor jamás arranca una planta porque todavía no produce en la primera estación. La cuida, la riega, la poda cuando resulta necesario y espera con esperanza, porque conoce la vida que trabaja invisiblemente bajo la superficie.

Así también obra el Padre. Nunca abandona la obra de Sus manos. Nunca se cansa de formar a Sus hijos. Nunca pierde la esperanza acerca de aquello que Su gracia puede producir. Y quienes hemos sido llamados a reflejar Su corazón solamente podremos ejercer una verdadera paternidad espiritual cuando aprendamos a amar con esa misma paciencia, a esperar con esa misma confianza y a servir con esa misma esperanza que ha caracterizado al Padre desde el principio de la historia hasta nuestros días.

Existe otra característica del corazón del Padre que aparece repetidamente en toda la Escritura y que resulta tan extraordinaria como Su paciencia. Dios posee la capacidad de contemplar en Sus hijos aquello que todavía nadie más alcanza a ver. Mientras nosotros solemos evaluar a las personas por su condición presente, el Padre las mira a la luz del propósito eterno que decidió cumplir en ellas.

Esta manera de mirar atraviesa toda la historia bíblica. Cuando Samuel llegó a Belén para ungir al futuro rey de Israel, quedó impresionado por la apariencia de Eliab. Todo en aquel joven parecía indicar que sería el elegido. Sin embargo, el Señor interrumpió inmediatamente el razonamiento del profeta con unas palabras que siguen desafiando nuestra manera de juzgar a las personas: ***“No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura... porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”*** (1 Samuel 16:7).

Aquella declaración no solamente explica por qué David fue escogido. También revela cómo mira el Padre. Nosotros observamos capacidades visibles, Él contempla un corazón disponible. Nosotros evaluamos la experiencia acumulada, Él percibe aquello que Su gracia podrá formar. Nosotros solemos preguntar quién es una persona hoy, pero Él ya sabe quién llegará a ser.

Quizá por eso Dios sorprende tantas veces nuestras expectativas. Escoge a un pastor de ovejas para gobernar una nación. Llama a un perseguidor de la Iglesia para convertirlo en apóstol de los gentiles. Levanta pescadores para anunciar el Evangelio al mundo. Nada de esto responde a una lógica humana. El Padre no selecciona a quienes ya parecen terminados; comienza a trabajar con hombres y mujeres que todavía están siendo formados.

Jesús reflejó perfectamente esa manera de mirar. Cuando encontró a Simón, no vio únicamente a un pescador impulsivo, inestable y lleno de contradicciones. Tampoco permitió que el presente definiera la identidad de aquel hombre. Desde el primer encuentro declaró: ***“Tú eres Simón... tú serás llamado Cefas”***, que significa piedra (**Juan 1:42**). ¡Qué declaración tan asombrosa!

Pedro todavía estaba muy lejos de parecer una roca. Con frecuencia hablaba antes de pensar, actuaba impulsivamente, alternaba momentos de gran fe con episodios de profundo temor. Incluso llegaría a negar públicamente al Señor. Sin embargo, Cristo decidió hablarle desde el destino y no desde la debilidad del momento.

Él no estaba negando la realidad, simplemente estaba viendo una realidad más profunda. Veía aquello que la gracia terminaría produciendo. Este principio resulta esencial para toda verdadera paternidad espiritual. Un padre no niega las limitaciones de sus hijos, pero tampoco permite que esas limitaciones definan su manera de relacionarse con ellos. Aprende a descubrir los primeros trazos de la obra que Dios está realizando, aun cuando todavía parezcan pequeños e imperfectos.

Esto exige una mirada profundamente espiritual. Es mucho más sencillo etiquetar que esperar. Mucho más fácil diagnosticar que acompañar. Mucho más cómodo señalar defectos que colaborar con el proceso de transformación. Sin embargo, el Padre nunca se limita a describir aquello que

encuentra. Él siempre trabaja para producir aquello que soñó desde el principio.

Tal vez aquí radique una de las mayores responsabilidades de quienes ejercen alguna forma de paternidad espiritual. Nuestras palabras tienen el poder de fortalecer o de desalentar el corazón de quienes acompañamos. Si únicamente repetimos aquello que todavía falta, corremos el riesgo de convertirnos en simples narradores de las debilidades ajenas. Pero cuando aprendemos a reconocer y afirmar la obra de Dios, nuestras palabras comienzan a cooperar con el crecimiento que el Espíritu Santo está produciendo.

Esto no significa alimentar ilusiones vacías ni pronunciar elogios superficiales. El Padre jamás confundió el amor con la falta de verdad. Corrigió a Abraham, disciplinó a Moisés, confrontó a David y restauró a Pedro. Pero en medio de cada corrección nunca dejó de recordar quiénes eran en Su propósito. La disciplina jamás anuló la identidad; la fortaleció.

Cuántas vidas han quedado detenidas porque durante años solamente escucharon palabras que describían sus fracasos. Personas que terminaron creyendo que siempre serían impulsivas, inseguros, incapaces o inmaduras porque nadie les habló alguna vez del futuro que Dios estaba construyendo en ellas. El enemigo procura encerrar al hombre dentro de su pasado; el Padre siempre lo invita a caminar hacia el futuro que Su gracia ha preparado.

Por eso, cuando un verdadero padre corrige, nunca destruye la esperanza. Sus palabras pueden ser firmes, pero jamás desesperanzadas. Señalan aquello que necesita cambiar, al mismo tiempo que recuerdan aquello que Dios todavía desea hacer. Esa combinación de verdad y esperanza constituye una de las expresiones más hermosas del amor paternal.

El propio apóstol Pablo actuó de esa manera con Timoteo. Aquel joven pastor enfrentaba temores, inseguridades y el peso de una enorme responsabilidad. Pablo no ignoró esas luchas, pero tampoco permitió que definieran la identidad de su hijo espiritual. Le recordó el don recibido, la sinceridad de su fe, el llamado que descansaba sobre su vida y la fidelidad del Dios que lo había escogido. De esa manera fortaleció su corazón para continuar sirviendo, no desde la confianza en sí mismo, sino desde la certeza de haber sido llamado por el Señor.

Así también obra el Padre con cada uno de nosotros. Él no ama una versión futura de Sus hijos mientras tolera con dificultad la presente. Nos ama hoy, en medio del proceso, precisamente porque ya contempla la obra terminada. Su paciencia nace de esa visión; Su disciplina también. Cada corrección, cada espera y cada enseñanza están orientadas hacia el mismo objetivo: conducirnos hasta la plena estatura de Cristo.

Y esa es, quizá, una de las evidencias más conmovedoras de una verdadera paternidad espiritual. El

padre aprende a mirar con los ojos del Padre celestial. Descubre en los hombres y mujeres que Dios pone a su lado no solamente lo que son, sino también aquello que la gracia puede llegar a hacer de ellos. Entonces deja de formar personas para satisfacer sus propias expectativas y comienza a colaborar, con humildad y esperanza, con el maravilloso propósito que el Padre ya había soñado para cada uno de Sus hijos desde antes de la fundación del mundo.

Capítulo trece

PATERNIDAD QUE IMPULSA SIN PRETENCIONES

Hay una pregunta que todo aquel que ejerce alguna forma de paternidad espiritual debería hacerse tarde o temprano: ¿qué produce mayor alegría en el corazón? ¿Que los hijos permanezcan siempre cerca de nosotros o que lleguen a caminar con seguridad delante del Padre, aun cuando ya no necesiten depender constantemente de nuestra presencia? La respuesta a esa pregunta revela mucho más de lo que imaginamos.

Cuando la identidad del padre se alimenta de la necesidad permanente que los hijos tienen de él, la relación comienza a deformarse casi sin advertirlo. Poco a poco aparecen dependencias emocionales disfrazadas de fidelidad, vínculos que parecen espirituales pero que, en realidad, descansan sobre un miedo silencioso a perder influencia, reconocimiento o cercanía. El padre deja de alegrarse plenamente cuando los hijos desarrollan autonomía espiritual, porque esa madurez comienza a percibirse como una amenaza para el lugar que él ocupa en sus vidas.

El Padre celestial jamás ha actuado así. Toda Su obra apunta precisamente hacia la madurez de Sus hijos. Él no desea creyentes espiritualmente infantiles durante toda la vida, no encuentra satisfacción en una dependencia enfermiza. Su propósito consiste en conducirnos ***“a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”***, para que dejemos de ser niños fluctuantes llevados por todo viento de doctrina, como enseña Pablo en la carta a los efesios.

Observemos cómo actúa un buen padre dentro de una familia. Cuando un niño da sus primeros pasos, el padre lo sostiene con ternura. Lo toma de las manos, lo anima, celebra cada pequeño avance y permanece muy cerca de él. Sin embargo, llegaría a ser profundamente preocupante que, veinte años después, ese mismo hijo todavía necesitara que su padre lo llevara de la mano para caminar.

Lo que en la infancia constituye una expresión de amor, en la adultez revelaría una grave falta de desarrollo. En la vida espiritual ocurre exactamente lo mismo. Hay etapas en las que el creyente necesita un acompañamiento muy cercano. Requiere consejo frecuente, dirección, ánimo y ayuda para discernir la voz del Señor. Sería injusto exigirle una madurez que todavía no posee. Pero el propósito de esa cercanía nunca consiste en perpetuar la dependencia. Todo verdadero acompañamiento apunta, desde el primer día, hacia la libertad responsable de un hijo que aprende a caminar con Dios.

Jesús mismo vivió este proceso con Sus discípulos. Al principio ellos dependían de Él para casi todo, le preguntaban el significado de las parábolas, esperaban Su intervención frente a cada dificultad, necesitaban que corrigiera sus discusiones, respondiera sus preguntas y aun fortaleciera su fe en medio de las tormentas. Sin embargo, esa no fue la etapa final.

Poco a poco comenzó a confiarles responsabilidades, después los envió a predicar, más tarde les anunció que partiría. Finalmente derramó sobre ellos el Espíritu Santo para que continuaran la misión. Nada de esto ocurrió de manera improvisada. Cada etapa preparaba la siguiente. Jesús nunca buscó conservar a los discípulos en una dependencia permanente de Su presencia visible. Toda Su formación estaba orientada hacia el día en que ellos caminarían bajo la dirección del Espíritu Santo.

¡Qué extraordinaria seguridad revela esta actitud! Solo quien encuentra plenamente su identidad en el Padre puede alegrarse cuando otros comienzan a caminar sin apoyarse continuamente en él. El líder inseguro interpreta esa independencia como una pérdida. El padre saludable la contempla como el fruto esperado de años de amor, oración y servicio.

En este punto conviene recordar nuevamente las palabras de Juan el Bautista: ***“Es necesario que Él crezca y que yo mengüe”***. Con frecuencia aplicamos este pasaje únicamente a la relación entre Juan y Jesús. Sin embargo,

existe un principio que todo padre espiritual debería abrazar. Su mayor satisfacción no consiste en aumentar continuamente su propia influencia, sino en contemplar cómo Cristo ocupa cada vez un lugar mayor en la vida de aquellos a quienes acompaña.

La verdadera paternidad nunca compite con Cristo, nunca ocupa el centro que solamente pertenece al Hijo de Dios, nunca convierte la cercanía con el padre espiritual en el criterio definitivo para medir la salud de un creyente. Al contrario, trabaja silenciosamente para que cada hijo descubra la alegría de depender directamente del Padre celestial.

Este principio protege también al propio padre. Lo libra del peso insoportable de sentirse indispensable. ¡Cuántos hombres y mujeres viven agotados porque creen que todo depende de ellos! Piensan que, si dejan de responder cada consulta, resolver cada conflicto o supervisar cada decisión, la obra de Dios se derrumbará. Sin darse cuenta, han cargado sobre sus hombros una responsabilidad que nunca les fue encomendada.

El Padre nunca llamó a nadie a ocupar Su lugar, nos invitó a servir, a acompañar, a enseñar, a corregir, a consolar. Pero jamás nos pidió convertirnos en el fundamento sobre el cual otros construyen su vida espiritual. Ese fundamento ya ha sido puesto, y es Jesucristo, no nosotros.

Cuando un padre comprende esta verdad, comienza a experimentar una profunda libertad. Ya no necesita controlar el futuro de quienes ama. Puede bendecirlos cuando el Señor los envía a otros lugares. Puede alegrarse cuando desarrollan ministerios propios. Puede celebrar cuando otros reciben dones diferentes o incluso mayores que los suyos. Ha comprendido que el Reino nunca pierde cuando Cristo crece en la vida de Sus hijos.

Quizá por eso Pablo pudo escribir con tanta serenidad acerca de creyentes que continuaban la obra en ciudades donde él ya no estaba presente. Su alegría no dependía de seguir ocupando el primer lugar en la vida de las iglesias. Su gozo consistía en saber que Cristo era formado en ellas. Esa era su verdadera recompensa.

Al final, toda auténtica paternidad espiritual desemboca en este punto. Después de años de acompañar, enseñar, corregir, animar y orar, el mayor anhelo de un padre no consiste en escuchar que sus hijos hablan constantemente de él, sino en descubrir que hablan cada vez más de Cristo. No busca dejar personas fascinadas con su propia influencia, sino vidas profundamente enamoradas del Señor.

Porque esa fue, desde el principio, la intención del Padre celestial. Él nunca formó hijos para depender eternamente de instrumentos humanos. Los llamó para vivir en comunión con Su Hijo, caminar bajo la guía del Espíritu Santo y reflejar el carácter de Cristo en cada ámbito de la vida. Toda paternidad que conduzca hacia ese destino habrá

cumplido su propósito. Todo lo demás, por muy exitoso que parezca a los ojos de los hombres, terminará construyendo dependencias que el Reino jamás tuvo la intención de producir.

Y quizá allí encontremos la evidencia más hermosa de un verdadero padre. Cuando contempla que sus hijos caminan con firmeza delante del Señor, lejos de experimentar tristeza por sentirse menos necesario, descubre una alegría profunda y serena. Sabe que su tarea no consistía en retenerlos, sino en prepararlos. No en ocupar el lugar del Padre, sino en señalar constantemente hacia Él. Y cuando finalmente los ve vivir desde esa relación personal con Cristo, comprende que todo el tiempo invertido, toda la paciencia sembrada y todo el amor entregado han producido el fruto que el Padre siempre soñó desde el principio.

Capítulo catorce

UNA IGLESIA COMO FAMILIA

Cuando las Escrituras hablan de la Iglesia, nunca la presentan únicamente como una organización. Tampoco la describen simplemente como un lugar de reunión o una estructura destinada a desarrollar actividades religiosas. El lenguaje escogido por el Espíritu Santo resulta profundamente revelador. Habla de una familia, de una casa, de un cuerpo, de un pueblo, de una esposa y de un rebaño. Todas esas imágenes poseen un elemento en común: describen relaciones vivas antes que estructuras.

Quizá allí encontremos una de las mayores diferencias entre el pensamiento del Reino y la manera en que muchas veces hemos construido nuestras comunidades. Con facilidad invertimos las prioridades. Dedicamos enormes esfuerzos a perfeccionar sistemas, programas, estrategias y métodos de trabajo, mientras las relaciones quedan libradas a su desarrollo espontáneo. Sin embargo, el Padre jamás comenzó edificando estructuras. Simplemente comenzó formando una familia.

Esta verdad aparece desde las primeras páginas de la Biblia. Antes de existir una nación hubo una familia. Antes de levantarse un templo existió un pueblo. Antes de organizarse el culto, Dios caminaba con el hombre en el huerto. La historia de la redención no comienza con instituciones; comienza con una relación.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento descubrimos exactamente la misma realidad. Jesús no dedicó la mayor parte de Su ministerio a construir una organización religiosa. Formó una comunidad de discípulos que aprendían a vivir juntos bajo el gobierno del Padre. Compartían la mesa, el camino, las preguntas, las alegrías, las correcciones y aun los momentos de mayor debilidad. Mucho antes de convertirse en predicadores, aprendieron a ser hermanos.

No es casualidad que, después de la resurrección y del derramamiento del Espíritu Santo, los primeros creyentes fueran reconocidos precisamente por la calidad de sus relaciones. Compartían lo que tenían, cuidaban unos de otros, perseveraban juntos en la doctrina de los apóstoles, partían el pan con sencillez y encontraban gracia delante del pueblo. La Iglesia crecía, ciertamente, pero el crecimiento era la consecuencia natural de una vida compartida, no el objetivo que justificaba las relaciones.

Cuando una comunidad descubre el corazón del Padre, deja de medir su salud únicamente por el tamaño de sus reuniones o por la cantidad de actividades que desarrolla.

Comienza a preguntarse algo mucho más profundo: ¿estamos aprendiendo realmente a vivir como familia?

La respuesta no depende del número de personas presentes un domingo, tampoco de la excelencia de los programas, ni siquiera del prestigio alcanzado por la congregación. Depende de la calidad del amor que circula entre los hijos. Porque una familia no se reconoce solamente por reunirse bajo un mismo techo, sino por la manera en que sus miembros se cuidan mutuamente.

En una familia saludable los fuertes ayudan a los débiles. Los maduros acompañan a quienes recién comienzan. Los errores no producen expulsión inmediata, sino procesos de restauración. Las diferencias no destruyen la comunión. Las alegrías de uno son celebradas por todos. Los sufrimientos nunca se llevan en soledad. Esta cultura no aparece espontáneamente, es el fruto de generaciones que han aprendido a contemplar y reflejar el corazón del Padre.

Quizá por eso el enemigo ha intentado siempre sembrar orfandad dentro del pueblo de Dios. Sabe que una comunidad llena de huérfanos puede conservar una doctrina correcta, desarrollar numerosas actividades e incluso experimentar crecimiento numérico. Sin embargo, difícilmente llegará a expresar la belleza del Reino. Donde domina la orfandad aparecen inevitablemente la competencia, la comparación, la búsqueda de reconocimiento, las luchas por influencia y las relaciones marcadas por la desconfianza.

En cambio, donde los hijos viven afirmados en el amor del Padre sucede algo completamente diferente. La necesidad de competir desaparece lentamente porque cada uno conoce el lugar que ya recibió dentro de la familia. El éxito de otro deja de percibirse como una amenaza. La autoridad deja de utilizarse para proteger espacios personales y comienza a ejercerse como un servicio. La corrección ya no humilla; restaura. El liderazgo deja de buscar admiradores y comienza a formar hermanos.

Esta transformación no depende principalmente de nuevos métodos, depende de una nueva cultura. Las culturas no se imponen mediante reglamentos, se transmiten mediante la vida. Los hijos aprenden a amar contemplando el amor, aprenden a servir siendo servidos, aprenden a perdonar siendo perdonados, aprenden a confiar cuando descubren personas dignas de confianza. Del mismo modo, una Iglesia aprende a vivir como familia cuando encuentra padres que reflejan fielmente el corazón del Padre celestial.

Entonces ocurre algo profundamente hermoso. La comunidad deja de ser conocida únicamente por aquello que predica y comienza a ser reconocida también por la manera en que vive. Las personas no solamente escuchan un mensaje acerca del amor de Dios; tienen la oportunidad de experimentarlo en medio de relaciones transformadas por el Evangelio. Descubren un lugar donde pueden crecer sin ser manipuladas, ser corregidas sin ser humilladas, ser acompañadas sin perder la libertad y ser amadas sin necesidad de demostrar permanentemente su valor.

¿No fue precisamente eso lo que Jesús declaró al decir que el mundo conocería a Sus discípulos por el amor que tendrían unos por otros? La verdad, es que no habló primero de la profundidad de sus argumentos, ni de la magnitud de sus edificios, ni del prestigio de sus ministerios. Simplemente señaló el amor. Porque cuando el amor del Padre gobierna una comunidad, el Reino deja de ser una teoría admirable para convertirse en una realidad visible.

Quizá esa sea la mayor necesidad de nuestro tiempo. Un mundo lleno de personas marcadas por la orfandad no necesita únicamente mejores explicaciones acerca de Dios. Necesita encontrar una familia donde el corazón del Padre pueda contemplarse con claridad. Una Iglesia que no solamente anuncie el Evangelio con sus labios, sino que lo haga visible mediante la manera en que vive, sirve y ama. Allí comienza a desaparecer la orfandad. Allí el Reino deja de ser un concepto para convertirse en un hogar. Allí los hijos descubren que siempre hubo un lugar preparado para ellos en la casa del Padre.

Vivimos en una cultura que suele separar a las personas según su edad, sus intereses o su momento de vida. Los niños por un lado, los jóvenes por otro, los adultos en otro espacio y los ancianos, muchas veces, reducidos al papel de simples espectadores de aquello que las nuevas generaciones realizan. Sin advertirlo, esa manera de organizar la vida también ha influido en muchas comunidades cristianas. Hemos aprendido a convivir bajo un mismo techo, pero no siempre hemos aprendido a caminar

como una sola familia. Sin embargo, el Reino propone una realidad completamente distinta.

Cuando el Padre mira a Su Iglesia no contempla grupos aislados, ve generaciones entrelazadas, ve niños aprendiendo de la ternura de los mayores, ve jóvenes recibiendo dirección y ejemplo, ve adultos sirviendo con la fuerza de los años más fructíferos de su vida, ve ancianos transmitiendo una herencia espiritual que ningún libro podría reemplazar. Cada etapa posee una riqueza que las demás necesitan. Ninguna resulta suficiente por sí sola.

Esta verdad aparece una y otra vez en la historia bíblica. Abraham caminó con Isaac. Isaac formó a Jacob. Jacob bendijo a sus hijos antes de partir. Moisés preparó a Josué. Elías acompañó a Eliseo. Pablo invirtió años en Timoteo y en Tito. En todos estos casos observamos mucho más que una transferencia de conocimientos. Contemplamos la transmisión de una vida.

Quizá allí radique una de las mayores responsabilidades de la paternidad espiritual. No consiste únicamente en resolver las necesidades del presente. También implica preparar el futuro. Todo verdadero padre vive con la mirada puesta más allá de su propia generación. Comprende que muchas de las semillas que hoy siembra producirán fruto cuando él ya no esté presente. Lejos de desanimarlo, esa perspectiva llena de sentido cada esfuerzo realizado.

El propio Señor Jesús vivió con esa visión. Gran parte de Su ministerio estuvo orientado hacia hombres que continuarían anunciando el Reino después de Su ascensión. Él sabía que no permanecería físicamente para siempre junto a Sus discípulos. Precisamente por eso dedicó tanto tiempo a formar sus vidas. No estaba pensando únicamente en aquellos tres años de ministerio terrenal. Estaba preparando generaciones enteras que todavía no habían nacido.

Esta perspectiva cambia completamente la manera de entender el servicio cristiano. Dejamos de preguntar solamente qué necesita la Iglesia hoy, comenzamos también a preguntarnos qué clase de Iglesia heredarán nuestros hijos y nuestros nietos espirituales.

Toda decisión adquiere entonces una profundidad diferente. Las palabras que pronunciamos, los ejemplos que dejamos, la manera en que tratamos a las personas, la forma en que ejercemos la autoridad. Todo comienza a convertirse en una herencia, y las herencias poseen una extraordinaria capacidad para extender su influencia mucho más allá de la vida de quien las entrega.

No deja de ser significativo que, al final de su ministerio, Pablo no expresara preocupación por su propia reputación. Su mayor anhelo consistía en que Timoteo permaneciera fiel al depósito recibido y que, a su vez, confiara esas mismas verdades ***“a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”*** (2 Timoteo 2:2).

Observemos cuidadosamente la amplitud de esta visión. Pablo piensa en Timoteo, Timoteo piensa en hombres fieles, esos hombres piensan en otros. La paternidad del Reino nunca termina en una sola generación. Siempre produce nuevas generaciones de hijos que aprenderán, servirán y, llegado el tiempo, también acompañarán a otros.

Quizá por eso el enemigo intenta con tanta insistencia romper los vínculos entre generaciones. Cuando logra que los mayores desprecien a los jóvenes o que los jóvenes desestimen la sabiduría de quienes caminaron antes que ellos, la familia pierde una parte esencial de su riqueza. El Reino deja de transmitirse como una herencia viva y comienza a depender únicamente de esfuerzos individuales.

El corazón del Padre siempre actúa de otra manera. Él ama profundamente la frescura de la juventud, pero también honra la sabiduría nacida de los años. Celebra el entusiasmo de quienes comienzan, pero aprecia mucho la serenidad de quienes han aprendido a caminar durante largo tiempo con Él.

En Su casa nadie resulta descartable. Cada generación necesita de la otra. Los jóvenes recuerdan a los mayores que Dios sigue haciendo cosas nuevas. Los mayores enseñan a los jóvenes que ninguna novedad puede reemplazar la fidelidad perseverante. Juntos reflejan la plenitud de una familia que continúa creciendo sin perder sus raíces.

Tal vez una de las evidencias más claras de que una Iglesia ha comprendido verdaderamente la paternidad espiritual consiste en observar cómo se relacionan sus generaciones. Allí donde el corazón del Padre gobierna, los ancianos no sienten que su tiempo ya pasó, ni los jóvenes viven obsesionados por demostrar que pueden hacerlo todo sin ayuda. Ambos descubren que se necesitan mutuamente. Los unos transmiten herencia; los otros continúan escribiendo la historia. De esa manera, el Reino avanza sin romper el hilo de la fidelidad que une a unos con otros.

Esa fue siempre la intención del Padre. No levantar héroes aislados, sino formar una familia. No producir ministerios brillantes pero desconectados entre sí, sino una casa donde la fe, el amor y la verdad pasaran de padres a hijos, de hijos a nietos y de generación en generación, hasta que toda la tierra llegara a contemplar la gloria de Cristo.

Quizá allí encontremos una de las expresiones más bellas de una Iglesia sin huérfanos. Es una comunidad donde nadie necesita abrirse camino solo, porque siempre encuentra una mano que lo sostiene y, al mismo tiempo, un corazón dispuesto a prepararlo para sostener a otros. Así, la paternidad deja de ser el privilegio de unos pocos y se convierte en la cultura de toda la casa. Una cultura donde cada generación recibe con gratitud la herencia de quienes caminaron antes y asume con gozo la responsabilidad de transmitirla fielmente a quienes vendrán después, hasta el día en que el conocimiento de la gloria del Señor cubra la tierra como las aguas cubren el mar.

Capítulo quince

UNA IGLESIA SIN HUERFANOS

Desde el momento en que el pecado entró en el mundo, la humanidad comenzó a experimentar una de las pérdidas más profundas de toda su historia. La caída no produjo únicamente culpa, corrupción o muerte; también introdujo una dolorosa sensación de orfandad. El hombre que había sido creado para vivir en perfecta comunión con su Padre comenzó a esconderse de Su presencia, interpretando el amor como amenaza y la cercanía de Dios como motivo de temor. Desde entonces, la historia humana ha sido, en gran medida, la búsqueda desesperada de aquello que únicamente puede encontrarse al regresar a la casa del Padre.

Toda la revelación bíblica puede contemplarse desde esta perspectiva. Dios nunca abandonó Su propósito original. Desde el mismo instante en que Adán y Eva fueron expulsados del huerto, comenzó a desplegar un plan eterno destinado a restaurar aquello que el pecado había quebrado. Las promesas hechas a Abraham, la formación de Israel, el ministerio de los profetas, la Ley, los sacrificios y todas las figuras del Antiguo Pacto apuntaban silenciosamente hacia

un mismo acontecimiento: la llegada del Hijo que abriría nuevamente el camino hacia el Padre.

Por esa razón, cuando el Nuevo Testamento describe la obra de Cristo, no la presenta únicamente como el perdón de nuestros pecados. Ciertamente, el perdón constituye una verdad gloriosa y absolutamente necesaria. Sin el sacrificio de la cruz nadie podría acercarse a Dios. Sin embargo, el propósito del Evangelio va todavía más allá. Cristo no murió solamente para cancelar nuestra deuda; murió para devolvernos a la familia.

El apóstol Pablo expresa esta realidad con extraordinaria claridad cuando afirma que Dios ***“nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”*** (Efesios 1:5). No fuimos simplemente absueltos en un tribunal celestial. Fuimos recibidos nuevamente en la casa del Padre. El Evangelio no termina con una sentencia favorable; culmina con una mesa preparada para los hijos.

Esta diferencia transforma completamente la manera de comprender la vida de la Iglesia. Si la salvación fuera únicamente un asunto jurídico, bastaría con enseñar correctamente la doctrina del perdón. Pero si el propósito eterno consiste en restaurar una familia, entonces la Iglesia está llamada a manifestar en la tierra aquello que el Padre ya ha realizado en los cielos.

La Iglesia no nació para ser una organización religiosa más eficiente que las demás. Tampoco fue concebida

simplemente como un espacio donde las personas reciben enseñanza bíblica una vez por semana. El Nuevo Testamento la describe como *“la familia de Dios”* (Efesios 2:19), *“la casa de Dios”* (1 Timoteo 3:15) y *“el cuerpo de Cristo”* (Efesios 1:22 y 23). Todas estas imágenes poseen un elemento común: hablan de relaciones vivas, no solamente de estructuras.

Quizá este sea uno de los mayores desafíos que enfrenta la Iglesia contemporánea. En muchos lugares hemos aprendido a construir excelentes organizaciones, pero todavía estamos aprendiendo a vivir como familia. Hemos desarrollado programas, estrategias, departamentos y estructuras ministeriales cada vez más complejas, mientras muchas personas continúan experimentando una profunda soledad en medio de la congregación. Pueden asistir durante años a las reuniones, conocer perfectamente la liturgia e incluso servir activamente en distintos ministerios, sin llegar nunca a sentirse verdaderamente parte de una familia espiritual.

Esta realidad debería llevarnos a una reflexión sincera. El éxito del Reino no puede medirse únicamente por la cantidad de asistentes, por el tamaño de los edificios o por la magnitud de los proyectos desarrollados. El verdadero fruto del Evangelio comienza a hacerse visible cuando hombres y mujeres que durante años vivieron como huérfanos descubren, finalmente, que tienen un Padre y una familia donde son profundamente conocidos, amados y acompañados en su crecimiento.

Jesús anticipó esta realidad la noche anterior a Su crucifixión mediante una promesa que conserva una enorme fuerza hasta nuestros días. ***“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18).*** Resulta significativo que el Señor no dijera simplemente: “No los dejaré solos”. Utilizó deliberadamente la palabra ***“huérfanos”***. Porque comprendía que la ausencia más profunda del ser humano no consiste únicamente en la falta de compañía, sino en la pérdida del sentido de pertenencia que solamente el Padre puede otorgar.

La venida del Espíritu Santo constituye precisamente la respuesta divina a esa necesidad. El Espíritu no vino únicamente para repartir dones, producir manifestaciones sobrenaturales o capacitar a la Iglesia para el servicio. Todo ello forma parte de Su obra. Sin embargo, el apóstol Pablo nos recuerda cuál es una de Sus acciones más profundas cuando escribe:

“Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15

Es imposible comprender plenamente la vida cristiana sin esta realidad. El Espíritu Santo no solo cambia nuestra conducta; transforma nuestra identidad. Nos enseña a relacionarnos con Dios desde la seguridad de hijos amados y

no desde el temor propio de los esclavos. Allí comienza toda verdadera libertad espiritual.

Cuando una comunidad vive bajo esta revelación, muchas dinámicas cambian de manera natural. La honra deja de ser una obligación impuesta para convertirse en una respuesta espontánea del amor. La autoridad ya no necesita protegerse constantemente porque descansa en el carácter del Padre. La corrección deja de percibirse como rechazo y comienza a experimentarse como una expresión de cuidado. La competencia pierde sentido porque cada hijo sabe que posee un lugar preparado dentro de la familia. Incluso el servicio adquiere un significado diferente. Ya no trabajamos para conseguir aceptación; servimos porque ya hemos sido aceptados en el Amado.

Una Iglesia sin huérfanos también aprende a mirar a las nuevas generaciones de una manera distinta. No las considera simplemente el futuro de la Iglesia; las reconoce como parte del presente del Reino. Los hijos dejan de ser espectadores para convertirse progresivamente en participantes de la vida de la familia.

Los mayores ya no viven preocupados por conservar espacios de influencia, sino por transmitir fielmente aquello que recibieron del Señor. Comprenden que toda generación tiene la responsabilidad de preparar a la siguiente para llegar más lejos, con mayor claridad y con una revelación cada vez más profunda de Cristo.

Este principio aparece repetidamente a lo largo de toda la historia bíblica. Abraham bendijo a Isaac. Isaac bendijo a Jacob. Moisés preparó a Josué. David dejó a Salomón mucho más que un reino; le transmitió una visión. Pablo invirtió su vida en Timoteo, Tito y muchos otros colaboradores. Ninguno de ellos entendió su llamado como una plataforma personal destinada a perpetuar su propio nombre. Todos comprendieron, en mayor o menor medida, que el Reino siempre avanza de generación en generación.

Quizá por eso el profeta Malaquías, al anunciar la restauración que precedería a la venida del Mesías, escribió una de las promesas más conmovedoras de toda la Escritura: ***“Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Malaquías 4:6).***

Con frecuencia este pasaje ha sido aplicado exclusivamente a la familia natural, y ciertamente también posee implicancias para ella. Sin embargo, dentro del contexto de toda la revelación bíblica, expresa un principio mucho más amplio. El Reino de Dios siempre restaura relaciones. Allí donde el pecado produjo distancia, el Padre produce reconciliación. Allí donde apareció la desconfianza, Él establece comunión. Allí donde la orfandad sembró aislamiento, el Espíritu Santo vuelve a formar una familia.

Este libro comenzó afirmando que la mayor crisis de nuestro tiempo no consiste en la ausencia de autoridad, sino en el desconocimiento del corazón del Padre. Ahora podemos decir algo más. La solución tampoco consiste únicamente en

desarrollar mejores modelos de liderazgo. El verdadero cambio comienza cuando la Iglesia vuelve a contemplar a Cristo, porque únicamente en Él conocemos al Padre tal como realmente es.

Cuando eso ocurre, los padres dejan de controlar porque han aprendido a servir. Los hijos dejan de depender enfermizamente porque han aprendido a caminar con el Padre. La autoridad recupera su belleza porque vuelve a parecerse a Cristo. El liderazgo deja de buscar reconocimiento para encontrar gozo en el crecimiento de otros. La Iglesia deja de funcionar como una institución sostenida por el esfuerzo humano y comienza a respirar como una familia donde la vida fluye desde el Padre hacia cada uno de Sus hijos.

Ese fue, después de todo, el propósito eterno de Dios desde antes de la fundación del mundo. No levantar simplemente una organización religiosa, sino formar una familia. Una familia donde el Hijo ocupe siempre el primer lugar; donde el Espíritu Santo conduzca todas las cosas hacia la verdad; donde el Padre sea conocido, amado y reflejado; y donde cada nueva generación encuentre hombres y mujeres que, habiendo aprendido a vivir como verdaderos hijos, estén también dispuestos a convertirse en padres de servicio, capaces de reflejar el corazón del Padre sin intentar jamás ocupar Su lugar.

CONCLUSIÓN

Al llegar a las últimas páginas de este libro, quizá resulte oportuno volver al lugar donde comenzó todo. No al primer capítulo, sino mucho antes. Mucho antes de la caída, antes de Abraham, antes de Moisés, antes de Israel y aun antes de la creación misma. Allí, en la eternidad, ya existía el Padre.

Antes de que el hombre pronunciara su primera palabra, antes de que el universo alabara Su grandeza, antes de que el tiempo comenzara su marcha, Dios ya era Padre. Esa verdad cambia completamente la manera de comprender nuestra historia, porque significa que la paternidad no nació como respuesta al pecado, sino que el pecado intentó distorsionar una realidad que existía desde siempre en el corazón de Dios.

A lo largo de estas páginas hemos recorrido distintos aspectos de la paternidad espiritual. Hemos considerado la diferencia entre la autoridad del Reino y los modelos de dominio propios de este mundo. Hemos observado cómo Cristo vino a revelar al Padre en lugar de reemplazarlo. Hemos reflexionado acerca del peligro de una autoridad que controla, manipula o produce dependencia. También hemos contemplado la belleza de un liderazgo que sirve, acompaña, forma y libera. Sin embargo, si el lector terminara este libro recordando únicamente estos conceptos, el propósito de esta obra quedaría incompleto.

El objetivo nunca fue defender una estructura eclesiástica determinada ni ofrecer un nuevo modelo de organización para la Iglesia. Tampoco pretendimos idealizar a quienes ejercen responsabilidades espirituales, porque todos seguimos siendo hombres y mujeres en proceso de transformación. La intención ha sido mucho más sencilla y, al mismo tiempo, infinitamente más profunda: volver nuestros ojos hacia el corazón del Padre.

Cuando el Padre vuelve a ocupar el centro, muchas discusiones dejan de tener la importancia que alguna vez les concedimos. Ya no buscamos posiciones de privilegio porque descubrimos el gozo de servir. Dejamos de competir por reconocimiento porque sabemos que nuestro valor no depende de la opinión de los hombres, sino del amor inmutable del Padre.

Renunciamos a controlar la vida de otros porque comprendemos que solamente el Espíritu Santo puede formar verdaderos hijos. Incluso la autoridad recupera su belleza original, porque deja de ejercerse desde la necesidad de afirmarse para convertirse en una expresión del amor que edifica.

Quizá uno de los mayores peligros que enfrenta la Iglesia en cada generación sea olvidar que el Reino siempre produce familia. Cuando ese olvido ocurre, la comunidad de los redimidos corre el riesgo de transformarse en una organización eficiente, pero incapaz de ofrecer el descanso que únicamente el Padre puede dar. Puede haber excelentes

programas, abundantes recursos, una sana doctrina y una intensa actividad ministerial, mientras el corazón de muchos creyentes continúa sintiéndose profundamente huérfano.

Por eso, el desafío que permanece delante de nosotros no consiste solamente en formar mejores líderes, sino en permitir que el Espíritu Santo siga formando hijos. Porque únicamente los hijos que descansan en el amor del Padre podrán llegar a convertirse en padres según Su corazón. La paternidad espiritual nunca comienza con una investidura ministerial; comienza cuando un hombre o una mujer han sido profundamente abrazados por la gracia de Dios y han aprendido a vivir desde la seguridad de esa adopción.

Cada generación deberá decidir qué clase de herencia desea dejar a la siguiente. Podemos transmitir estructuras, tradiciones, métodos y aun valiosas experiencias ministeriales. Todo ello tiene su lugar. Sin embargo, ninguna herencia será tan transformadora como entregar a nuestros hijos una revelación viva del Padre.

Los métodos cambian con el tiempo. Las estrategias se adaptan a las circunstancias. Incluso las formas de servir evolucionan conforme avanzan las generaciones. Pero el corazón del Padre permanece inmutable. Él continúa buscando hijos que lo adoren en espíritu y en verdad, y padres que reflejen Su carácter mediante una vida de servicio.

Tal vez, mientras leían estas páginas, el Espíritu Santo les haya señalado áreas de sus propias vidas que necesitan ser

restauradas. Quizá descubrieron actitudes del hermano mayor escondidas detrás de muchos años de servicio. Tal vez comprendieron que, en algunos momentos, buscaron controlar donde el Padre quería enseñar a confiar. O quizá advirtieron heridas de orfandad que todavía condicionan la manera de relacionarse con Dios y con los demás. Si ese ha sido el caso, recuerden que este libro no termina con una exigencia, sino con una invitación. El mismo Padre que reveló Su amor en Jesucristo continúa llamando a Sus hijos a regresar una y otra vez a Su casa.

Nadie puede reflejar un corazón que nunca ha contemplado. Por eso, la mayor necesidad de la Iglesia no consiste simplemente en aprender principios acerca de la paternidad, sino en permanecer cerca del Padre hasta que Su carácter impregne silenciosamente cada aspecto de nuestra vida.

El servicio dejará entonces de ser un esfuerzo por demostrar fidelidad para convertirse en la expresión natural de un corazón agradecido. La autoridad dejará de ser una carga para transformarse en una oportunidad de cuidar. La corrección ya no buscará imponer temor, sino producir crecimiento. Y el liderazgo dejará de medir su éxito por la cantidad de personas que lo siguen para comenzar a alegrarse viendo a hombres y mujeres caminar libremente detrás de Cristo.

Cuando esto sucede, la Iglesia se convierte en aquello que siempre estuvo llamada a ser. No una institución

sostenida por el esfuerzo humano, sino una familia donde la vida del Padre circula de generación en generación. Los mayores encuentran gozo en levantar a los más jóvenes. Los jóvenes honran a quienes caminaron antes que ellos. Los dones dejan de competir y comienzan a complementarse. La verdad camina de la mano de la gracia. La firmeza convive con la ternura. El servicio reemplaza al protagonismo. Y Cristo ocupa, una vez más, el lugar que siempre le pertenece: el centro absoluto de la familia de Dios.

Ese es el anhelo que motivó la escritura de este libro. Que el Padre encuentre en nosotros hijos que descansen plenamente en Su amor. Que Cristo siga siendo el modelo perfecto de toda autoridad y de todo servicio. Que el Espíritu Santo continúe formando en la Iglesia una generación libre de la orfandad espiritual. Y que quienes hemos recibido el inmenso privilegio de acompañar a otros jamás olvidemos que nuestra tarea no consiste en construir seguidores alrededor de nosotros, sino en conducir corazones hacia el amor del Padre.

Cuando eso sucede, la paternidad deja de ser un tema de estudio para convertirse en una realidad viva. Y entonces el mundo puede contemplar, a través de la vida de la Iglesia, el reflejo más hermoso de todos: el corazón del Padre revelado en Jesucristo.

Porque al final, cuando toda obra humana haya terminado y únicamente permanezca aquello que fue edificado para la eternidad, nadie será recordado por la

cantidad de personas que logró reunir a su alrededor, ni por la magnitud de sus ministerios o la influencia de su nombre. Permanecerá únicamente aquello que reflejó fielmente el corazón del Padre.

Ese corazón, revelado perfectamente en Jesucristo, seguirá llamando a hombres y mujeres de toda lengua, pueblo y nación para sentarlos alrededor de una misma mesa, donde ya no habrá huérfanos, sino hijos; ya no habrá rivalidad, sino comunión; ya no habrá temor, sino confianza; y donde el Padre será, para siempre, todo en todos.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

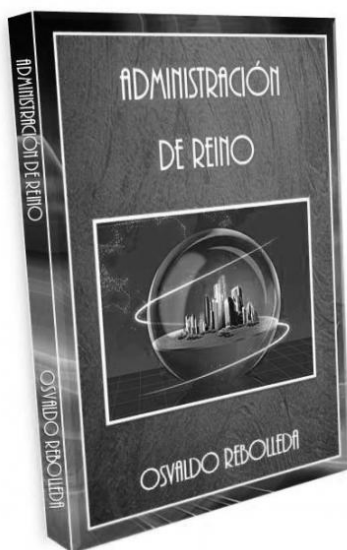
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

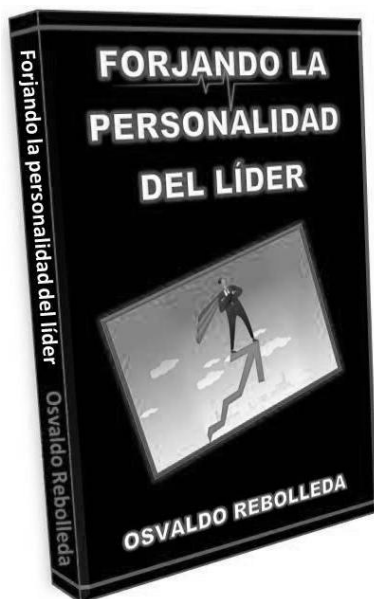
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

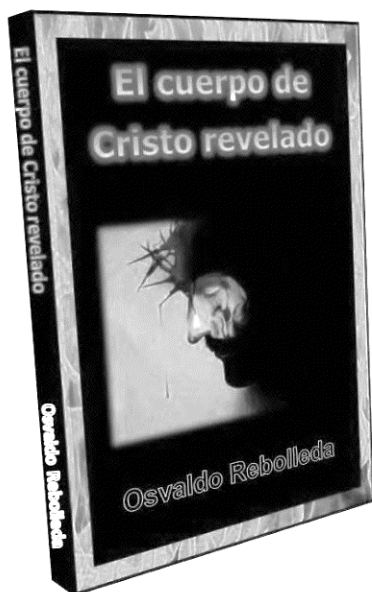
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

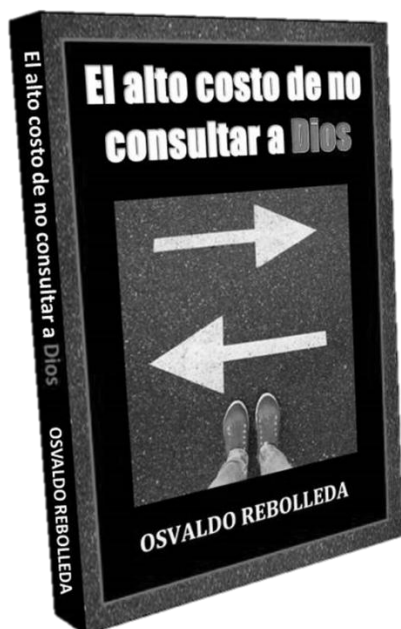


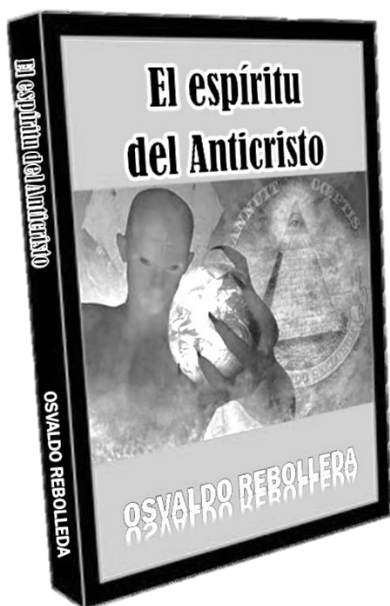
www.osvaldorebolleda.com



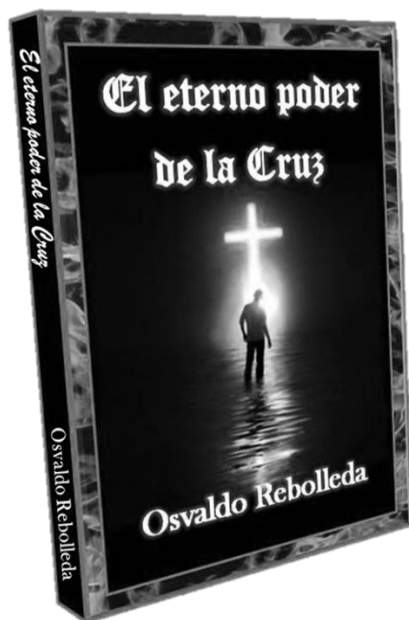
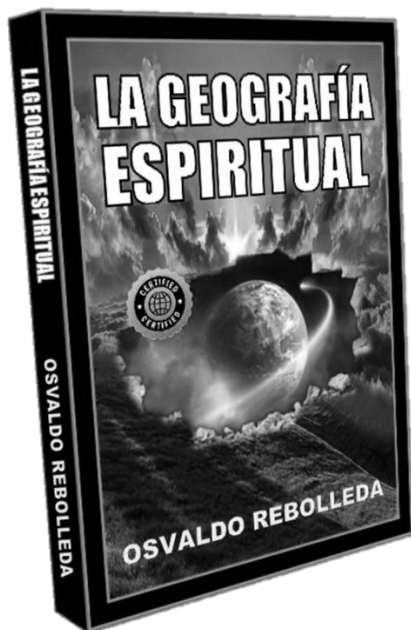


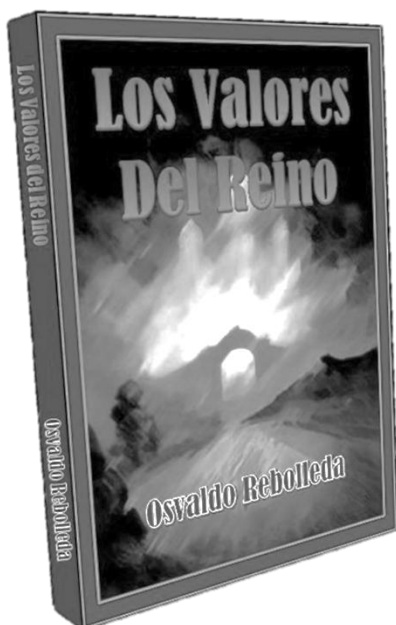
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

